

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL CARNICERO DE MONTMARTRE

Curtis Garland



Una noche un hombre, con paso lento, firme, seguro, avanzaba por la callejuela empedrada, vieja y tortuosa, perdiéndose entre casas de vecindad y algún que otro local nocturno de escasa vida. Porque el hombre llevaba la muerte consigo, bajo la amplia y deslucida gabardina oscura. En un momento en que la luz de una farola iluminó sus manos enguatadas, una de las cuales se perdía bajo la gabardina, algo centelleó también debajo de ésta. Algo metálico, rígido y afilado, de un azul frío y reluciente. Un hacha. Una afiladísima y temida hacha, que aquella mano parecía manejar bien. No era grande, pero sí sólida y de hoja capaz de abrir en canal cualquier cuerpo, vivo o muerto, sin dificultades. El hacha de un carnicero.



Curtis Garland

El carnicero de Montmartre

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1468

ePub r1.0

Lds 29.12.18

Título original: *El carnicero de Montmartre*

Curtis Garland, 1978

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La luz del pequeño café, a punto de cerrar sus puertas, destelló sobre el filo de acero, fuerte y pesado, pero terriblemente vaciado, hasta parecer el borde de una navaja barbera.

Sin embargo, era un hacha. Un arma estremecedora, sobre todo en una mano experta. Y aquélla lo parecía. La mano que esgrimía el afilado objeto de recio mango de madera, tenía todas las trazas de ser diestra en su manejo. Y aunque su peso era sin duda considerable, los dedos, fuertes y rudos, cubiertos por el gastado cuero negro de unos guantes, manipulaban aquella terrible arma con suma facilidad.

Los pasos encaminaban a aquel hombre a alguna parte muy concreta del viejo barrio parisino. La plaza tranquila, arbolada, quedó atrás. Una calle angosta, serpenteante, de suelo empedrado, se empinaba pendiente arriba, hacia el Sacré-Coeur. Una taberna cerraba en esos momentos sus puertas. Más allá, era un pequeño café el que se disponía a hacer lo mismo. Poco a poco, las luces iban siendo menos y más aisladas en el viejo Montmartre.

Plazas y calles, bulevares y avenidas, iban dejando el ritmo de la vida diurna y de las primeras horas de la noche, para comenzar ese otro ritmo diferente, que se inicia al cerrarse los locales más madrugadores, y empezar su actividad nocturna otros más animados y bulliciosos, los de la gente bohemia y el turismo, los de noctámbulos y *bon vivants*. Desde el Folies Bergére hasta el Lido, desde el Moulin hasta el restaurante con orquesta de Patachou, desde las galas del Olympia hasta los cafés de los bulevares, con sus marquesinas de vidrio en invierno y sus terrazas populosas en primavera y verano.

Ése era el Montmartre habitual, el de las noches esplendorosas y

tradicionalmente alegres.

Pero hay otro Montmartre, más recoleto y artesano, trabajador y laborioso, que duerme durante la noche y despierta con el alba, llenando de gente, ruidos y tráfico las calles parisinas, apenas se abren las panaderías, los restaurantes y los establecimientos alimenticios de todo tipo. Cuando la amas de casa parisinas, con sus largas y crujientes barras de pan y sus bolsas de la compra, deambulan entre los mercados y sus domicilios, en un diario peregrinar hogareño.

Ese Montmartre duerme de noche, y sus calles son silenciosas y recoletas, invitando al reposo, lejos de las luminarias de los *cabarets*, *music halls* y teatros y locales de diversión nocturna.

Ese Montmartre que se encarama en torno a la blanca silueta del Sagrado Corazón o a las columnas clásicas de la Madeleine, con calles recoletas, plazuelas arboladas y viejas tiendas en los chaflanes, puede ser un sedante para quien pasea en la noche.

O puede ocultar la muerte.

Como aquella noche en que el hombre, con paso lento, firme, seguro, avanzaba por la callejuela empedrada, vieja y tortuosa, perdiéndose entre casas de vecindad y algún que otro local nocturno de escasa vida.

Porque el hombre llevaba la muerte consigo, bajo la amplia y deslucida gabardina oscura.

En un momento en que la luz de una farola iluminó sus manos enguantadas, una de las cuales se perdía bajo la gabardina, algo centelleó también debajo de ésta.

Algo metálico, rígido y afilado, de un azul frío y reluciente.

Un hacha.

Una afiladísima y temida hacha, que aquella mano parecía manejar bien. No era grande, pero sí sólida y de hoja capaz de abrir en canal cualquier cuerpo, vivo o muerto, sin dificultades.

El hacha de un carnicero.

* * *

Charlotte era una muchacha que ejercía la más vieja profesión del mundo.

No es que Montmartre fuese exactamente un sitio ideal para su

trabajo. En realidad, cualquier sitio podía serlo. Y especialmente en las cercanías de la iglesia de la Madeleine, había más ambiente para su tarea, en los numerosos establecimientos nocturnos de ambiente equívoco, donde se acostumbraban a reunir muchos argelinos llegados a la metrópoli y allá afincados desde los tiempos inmediatos a la descolonización.

Pero Charlotte prefería lugares más tranquilos, donde los clientes eran quizá algo más difíciles de hallar, aunque también existía menos competencia, cosa que no dejaba de resultar positiva cuando ya no se es demasiado joven ni excesivamente atractiva.

Lo cierto es que Charlotte tenía solamente treinta años, pero hay profesiones en las que ésa empieza a ser ya una mala edad. Sobre todo, cuando el exceso de alcohol y la forma de vida han empezado a hacer estragos en un físico más bien feúcho, aunque gracioso, y en un cuerpo que, sin ser nada del otro mundo, nunca había estado mal.

Esta noche, Charlotte ni siquiera buscaba cliente ya. Había encontrado uno, casualmente, en la cantina del viejo Pierre, allá en la pequeña y apacible rué des Saúles, no lejos del Sacré-Coeur. No fue un cliente particularmente generoso, pero ella no exigía demasiado. Y el hombre tampoco exigió servicios especiales ni demasiado tiempo para pasarlo junto a ella.

Charlotte no se encontraba muy bien últimamente. Aquel último resfriado del invierno aún lo arrastraba, por culpa de la absenta, según el médico, y en los últimos días había vuelto a empeorar a causa de una noche lluviosa durante la cual permaneció demasiado tiempo a la intemperie, buscando clientela.

Tosió de nuevo, como hacía durante todos aquellos días, e incluso se puso a estornudar. Maldijo entre dientes, luego vislumbró la blanca cúpula del Sacré-Coeur por encima de los viejos edificios, y se persignó, pidiendo mentalmente disculpas por su intemperancia. Volvió a estornudar dos veces más, y siguió adelante, con un suspiro.

La farmacia de la esquina inmediata a su casa estaba abierta esta noche. Se felicitó por ello. Entraría a pedirle al viejo René, el farmacéutico, cualquier cosa que aliviara aquel condenado resfriado.

Así lo hizo. El farmacéutico apareció al fondo de la vieja

farmacia, bostezando somnoliento, al oír el tintineo de la campanilla de la entrada. La miró entre severo y afectuoso.

—Charlotte, hace frío esta noche —dijo con tono de reproche—. Te dije que no debías trasnochar demasiado, mientras no mejorases de tu catarro...

—Lo sé, *monsieur*, lo sé —admitió ella, tímida—, pero tenía que salir. Ya vuelvo a casa. Pero sigo tosiendo y estornudando, y creo que tengo unas décimas de fiebre. ¿No puede darme algo más eficaz para que mejore?

—Si el doctor no te lo receta, no te daré antibióticos, pero puedo venderte unas pastillas que te aliviarán la tos, y un medicamento para la fiebre. Tómate ambas cosas y guarda cama todo el día de mañana, cuando menos. ¿Lo harás, Charlotte?

—Lo prometo, *monsieur* René —asintió ella con aire de niño castigado—. Se lo prometo. Mañana, todo el día. Y pasado, si es preciso.

—Bien hecho. Si no te encuentras mejor mañana, llama al doctor Guillaume. El puede que te ayude. Buenas noches, Charlotte. Son ocho francos...

Le pagó, y salió de la farmacia con sus medicamentos. Las luces del establecimiento fueron quedando atrás mientras ella avanzaba calle arriba, hacia su modesto piso, pequeño y barato, asomado a un lúgubre patio y con una angosta y sucia escalera.

Oyó las pisadas que venían hacia ella, pero no les prestó demasiada atención. Después de todo, un transeúnte a estas horas, tampoco resultaba nada del otro mundo. Era un barrio con muchos habitantes, y todavía no había avanzado en exceso la noche.

El hombre con quien iba a cruzarse era un individuo fornido, con gabardina oscura. Llevaba algo en su mano, bajo la prenda, quizá algún paquete. Miró al cielo, y observó que no llovía ni una sola gota. ¿De qué querría proteger de ese modo lo que iba bajo la gabardina? Siempre había gente rara. Tal vez llevaba algo robado o prohibido. Mucha de la vecindad de aquellas calles no era precisamente aristocrática ni de buena vida. Pero Charlotte tenía una norma de la que nunca prescindía: vivir y dejar vivir. Allí cada cual con sus asuntos, mientras no se metieran en los suyos propios.

El hombre pasó junto a ella, con aquel paso lento y algo pesado, e incluso le oyó mascullar un ronco *bonne nuit*, al cruzarse con ella.

Sin responder, la mujer siguió su camino, cerca ya de la puerta de su casa. Abrió el bolso, para buscar el llavín, y se detuvo ante la vieja casa desconchada y húmeda.

A sus espaldas, oyó nuevamente los pasos. Se volvió, inquieta, con la llave en una mano y los medicamentos y el bolso en la otra.

Otra vez el hombre de la gabardina oscura. Estaba tras ella. Parado ahora. Le miró, alarmada.

—¿Le ocurre algo, señor? —se interesó.

El hombre no respondió. Tenía la cabeza baja, como hundida entre sus anchos hombros. Parecía no mirarla, pero Charlotte estuvo segura de que unos ojos brillantes y fríos estaban fijos en ella, desde la sombra de aquel rostro, sobre el que una gorra gris humo, de visera, echaba una franja de oscuridad casi total.

De repente, la mano del hombre emergió de la gabardina. La luz de la calle se estrelló en una ancha, cuadrada hoja de acero, quebrándose en mil centelleos azules y duros.

Charlotte exhaló un grito de horror. Llave, medicinas y bolso, cayeron de sus manos, repentinamente trémulas. Trató de echarse atrás. No le era posible.

El hacha se alzó en el aire, sobre su cabeza. La siguió, con ojos desorbitados, intentando evitar el golpe con su brazo, instintivamente alzado.

El hacha hendió la carne del brazo femenino, quebrándolo a la altura del codo, y llegando implacable hasta el pecho y la garganta de la infeliz mujer.

Como un cuchillo en la manteca, penetró en el cuerpo de Charlotte aquella terrible hacha, no muy grande pero sí terriblemente afilada. El impacto hizo crujir los huesos y chirriar los músculos cortados brutalmente.

Una oleada de sangre escapó de la tremenda herida, mientras el alarido de Charlotte recorría toda la calle, con dolor animal, con salvaje horror de agonía.

El hacha se quedó virtualmente incrustada en el cuerpo femenino, pero la mano de su poseedor era vigorosa, y la extrajo con un tirón, volviendo a golpear de nuevo en el pecho, separando los senos de la infeliz, con un terrorífico boquete en forma de brecha, por la que la vida y la sangre de Charlotte escapaban a borbotones.

Esta vez, el hacha salió con suma sencillez, y goteando un carmesí espeso y siniestro, pasó a hundirse en una bolsa de fuerte plástico negro, que luego se cerró, en su boca, dejando guardada el arma mortífera. Los pasos del hombre, al alejarse ahora del lugar del crimen, fueron rápidos y seguros, taconeando calle abajo, hasta perderse en una esquina.

Los gritos de Charlotte ya no eran sino gemidos roncós, estertores de agonía, su cuerpo menudo encogido sobre la acera, contra el muro desconchado de su casa, derramándose la sangre de sus venas a lo largo de todo el cuerpo, para formar reguero escarlata en las piedras y el asfalto.

Algunas luces, en las ventanas, comenzaron a brillar. Se asomó gente. *Monsieur* René, el farmacéutico, salió a la calle rápidamente, escudriñando en busca del origen de aquellos gritos espeluznantes.

El asesino había escapado ya. Y nadie podía hacer gran cosa por Charlotte, salvo llamar a la policía y a una ambulancia. Pero no para intentar salvar su vida, sino para trasladar su cuerpo, ya sin vida, a la Morgue.

CAPÍTULO II

«LOCO HOMICIDA EN MONTMARTRE.

UNA MUJER PUBLICA BRUTALMENTE ASESINADA.

UN HACHA DESTROZO A LA INFORTUNADA VICTIMA.

LA POLICIA BUSCA AL ASESINO».

Eran los titulares de los diarios de la noche siguiente, dispersos por el local descuidadamente. La gente los había leído y, como sucede habitualmente, los habían dejado luego allí, totalmente olvidados.

Para ellos, la noticia de algo horrible sucedido a alguien, era una cosa totalmente lejana e improbable, aunque hubiera ocurrido, como ahora, a poca distancia de allí, en el mismo Montmartre. Ciertamente que Montmartre es un barrio muy amplio, pero no era menos cierto que la gente leía en principio un suceso así con morbosa curiosidad, lo comentaba con escandalizado horror... y a los cinco minutos ni se acordaba ya de ello, quizá porque los tiempos habían endurecido mucho a la gente, habituándola a enfrentarse cotidianamente con los más espeluznantes sucesos.

El hecho de que en su vecindad una simple ramera hubiese muerto víctima de algún amante celoso o de algún sádico violento, no cambiaba demasiado las cosas. Era una noticia, ciertamente. Como tal la admitían y la comentaban. Para la mayoría, el nombre de Charlotte, la prostituta muerta, no les decía nada. Era una más, como tantas otras. Para los que la conocieron, existía la compasión, el asombro, unas pocas lamentaciones, y poca cosa más.

El cadáver de Charlotte, en el Instituto Médico-Legal, más

conocido por Depósito de Cadáveres o Morgue, en el edificio del boulevard Diderot, esperaba ahora la autopsia. Luego sería enterrado oscuramente, quizá en el pequeño cementerio de Montmartre, y unos pocos vecinos y compañeras de profesión irían al entierro. Eso sería todo. Al día siguiente, nadie en París, ni siquiera los que la conocieron, recordarían gran cosa de la pequeña y desgraciada Charlotte.

Ahora mismo, recién leída la noticia, que por cierto, también había merecido la atención de los *téle-journal* de aquel día, había personas, como Ivette Gerard, que ya habían olvidado por completo el asunto.

Ella era una joven peluquera de aquel salón moderno y coquetón situado en plena rué Montmartre, y no tenía nada que temer de cosas así. Habitualmente, eran las mujeres de la noche, de vida equívoca, las vulgares ramerías, quienes más tenían que temer de toda clase de maleantes y chiflados peligrosos. Después de todo, ¿quién asaltaría a una mujer como ella, joven y de profesión honesta, que lo más tarde que iba a su casa, una vez cerrada la peluquería, tras atender a su última cliente, era sobre las siete o las ocho de la noche, y caminando por las calles más céntricas y concurridas?

Ciertamente, no era fácil que a chicas como ella les pasaran esas horribles cosas, pensaba mientras recogía los periódicos, con sus escandalosos titulares, e iba apagando las luces de la peluquería, para salir después y dirigirse calle arriba, hacia la Rue Lafayette, que la llevaría directamente a la Rue Bellefond, sin necesidad de cruzar calles solitarias o sombrías, siempre a plena luz, entre escaparates rutilantes y gentes que iban y venían, en el corazón mismo del barrio y, por ende, de la propia ciudad de París.

Miró su reloj de pulsera y lanzó un suspiro. Esta noche se había demorado ligeramente la salida, por culpa de la inevitable *madame* Segny. Siempre tan exigente, tan minuciosa e irritante, que sólo admitía ser peinada por ella, y aun ello con constantes protestas y quejas. Esta noche, su cliente iba al Olympia, y aún exigió más que de costumbre. Ello fue causa de que Ivette se quedara sola, en la amplia y moderna sala de peluquería, entre los bruñidos secadores, los cromados asientos, los espejos ovalados y las luces que hacían resaltar la decoración de sus muros.

Ya sólo le quedaba una luz por apagar. Recordó que la puerta posterior aún estaba abierta, al pequeño patio trasero, en el que tenía la trastienda con toda clase de material, productos cosméticos y demás, y fue a cerrar, antes de apagar la última luz y salir de la peluquería lo antes posible. No quería perderse el programa de televisión de aquella noche, y además era muy posible que Armand la llamase desde Lyon. Armand siempre procuraba llamarla entre ocho y media y nueve. Si se descuidaba, llegaría más tarde a casa. Y no quería dejar de hablar con Armand. Ya que tenía que estar ausente aquellas semanas, por su trabajo en Lyon, mantener una charla con él era como sentirlo más cerca. Sabía que estaba enamorada de Armand, y le hacía feliz pensar que él también lo estaba de ella.

Cruzó la peluquería, con sus inevitables olores a champúes, a plis, a calor y a cosméticos. Se aproximó a la puertecilla asomada al pequeño patio interior, para asegurarla como todas las noches. No es que hubiera mucho que robar allí dentro, ya que antes de marcharse, *madame* Larouche, la dueña, se acostumbraba a llevar hasta el último franco, pero era mejor evitar problemas al negocio. Había gente en la actualidad, que asaltaba los lugares por el simple placer de destruir.

Yvette tiró de la hoja de madera. Sorprendida, notó que ésta resistía extrañamente.

Intentó de nuevo, pensando que se habría encajado en el suelo del pasillo, aunque eso nunca había ocurrido antes. Igual resistencia encontró, haciendo crujir la puerta, sin que cediera.

La explicación tenía que estar detrás, en el oscuro patio, al que asomaban las luces de los pisos, muchos de ellos viviendas sobre la peluquería. Yvette, sin temer nada, avanzó unos pasos y pisó el patio. Miró detrás de la puerta.

Un grito de horror escapó de sus labios, cuando la figura, ancha y poderosa, se precipitó sobre ella como un alud de sombras repentinamente materializadas en la oscuridad del patio. Su grito subió hacia la alta claraboya, acaso despertando la alarma entre los vecinos.

Luego la hoja cuadrada, afiladísima, cayó sobre ella como una centella, hundiéndose en su rostro, en su cráneo, partiendo virtualmente en dos su faz bonita y atractiva.

Los ojos desorbitados se quedaron separados por la hoja de acero del hacha que se hundía en su cabeza, justo sobre la frente, el entrecejo, la nariz, la boca...

Los labios quisieron emitir algún otro grito, pero la sangre fluía ya de ellos tumultuosamente, como de todo el largo corte profundo donde se hincaba el arma mortal profundamente.

Tan profundamente que, cuando el asesino quiso recuperar el hacha, Yvette, en su espantosa agonía, retrocedió, tambaleante, y las manos enguantadas perdieron el mango, mientras la infortunada peluquera corría al interior iluminado del establecimiento, con el rostro dividido por el filo del hacha, la sangre empapándola por completo, la mueca de espanto petrificada en su faz rota, derribando sillas y mesitas, golpeando los secadores, dejando regueros de roja sangre sobre espejos, sillones y muros, abatiendo frascos y tarros por el suelo, en un caos total. El asesino intentó seguirla. Pero Ivette avanzaba, con sus últimas fuerzas, mecánicamente, hacia los escaparates de la peluquería, contra los que golpeó, frenética, haciendo volver el rostro a algunos transeúntes.

Ellos jamás olvidarían ya, mientras viviesen, el alucinante espectáculo de una mujer bañada en sangre, todavía en pie, con su postrer afán de vida, la cabeza partida en dos, hundida el hacha profundamente en medio de su rostro.

Luego Yvette se derrumbó, dejando sobre el escaparate un largo surco de sangre goteando, chorreante hacia el suelo donde ahora yacía de bruces, el rostro medio vuelto, y en él congelada la estampa dantesca de aquella agonía sin precedentes.

En el patio, muchas ventanas se habían abierto. Rostros sorprendidos asomaban, intrigados, buscando el origen de aquellos gritos anteriores.

Una sombra humana se fundió en la oscuridad, perdiéndose por otra puerta trasera de un local vecino, huyendo del escenario del crimen. Las manos enguantadas iban ahora desnudas. El hacha se había perdido, allí en el cráneo de la pobre muchacha.

Pero el criminal huía, y los transeúntes de Montmartre, despavoridos, llamaban a los gendarmes, explicándoles lo sucedido con gestos de horror.

Pronto un grupo de agentes uniformados, haciendo sonar sus

silbatos, rodearon la peluquería trágica, abriéndose paso hasta el cuerpo de la desventurada Yvette.

Era imposible hacer nada por ella. El hacha había dividido en dos su masa encefálica, junto con los huesos de su cráneo.

* * *

—Es un hacha. Un hacha de carnicero.

—¿Por qué de carnicero?

—Su tamaño, su forma... Son las que se usan habitualmente para trocear las piezas, una vez divididas en dos partes. Ya lo hemos comprobado.

—¿Muy afilada?

—Terriblemente. El más leve impulso bastaba para incrustarla en cualquier cuerpo. Y el golpe fue muy fuerte. El tipo sabe usar el arma, no hay duda.

—¿Un carnicero?

—Es posible —el comisario Prejean se encogió de hombros, mirando pensativo los numerosos rastros sanguinolentos en la peluquería. Ya hacía tiempo que el cadáver de Yvette no estaba allí. Los del Instituto Médico-Legal ya lo tenían en su poder. En sólo veinticuatro horas escasas, les habían facilitado tarea abundante y similar.

Tal vez el interlocutor del comisario Prejean, de la Prefectura de policía de París, había pensado lo mismo que éste, porque aventuró ahora una escueta pregunta:

—¿Cree que es la misma mano que mató a la prostituta la noche anterior?

—No lo sé aún. Pero juraría que sí, Doré. Sin embargo, no se precipite. Si va a escribir en su columna algo sobre ese punto, recuerde que yo oficialmente no he dicho nada. Sólo le aventuro un criterio personal, sin base alguna, ¿entendido?

—Entendido, comisario —sonrió el reportero de sucesos paseando por la peluquería escudriñador. Se detuvo ante el pasillo que conducía a la salida trasera del establecimiento. Fue hasta el patio. Observó las manchas de sangre en el suelo. Volvió, siguiéndolas atentamente.

Prejean le estaba mirando, ceñudo.

—¿Qué hace? —se interesó.

—Reconstruir lo ocurrido —comentó el periodista Paul Doré apaciblemente. Su rostro anguloso, de enérgico mentón y boca apretada, reveló concentración—. Creo que algo atrajo a la chica hacia el patio. Allí la esperaba el asesino, que la golpeó con el hacha. Ella vino hacia acá, a la desesperada, mientras él huía, al no poder recuperar su hacha, a causa de lo profundamente que penetraba en su víctima.

—Buena reconstrucción —aprobó Prejean—. Pensamos lo mismo, Doré. Ese tipo pegó fuerte con el hacha. Muy fuerte. Igual que en el caso de la prostituta. Es lo que me hace pensar que sea el mismo. Además, no creo que abunden los asesinos con un hacha, en un solo barrio de París y en el término de pocas horas.

—¿Cree que es desusadamente fuerte el tipo, o que ataca con mucha saña a sus víctimas, suponiendo que sea el responsable de ambos crímenes?

—Las dos cosas quizá. Eso explicaría lo terrible del impacto.

—Ahora, ha perdido su arma, cuando menos.

—No es difícil obtener otra parecida, aunque no sea un carnicero profesional.

—Se puede controlar la venta de hachas en París.

—No sea ingenuo. Necesitaría miles de hombres para eso. Las tiendas y almacenes donde venden esa clase de objetos son infinitos virtualmente. Además, hasta podría adquirirlos fuera de París, tranquilamente. Eso, suponiendo que piense atacar de nuevo, como usted parece sugerir con su pregunta.

—¿No es una posibilidad muy digna de ser tomada en cuenta, comisario? —apuntó Doré risueñamente—. Ha comenzado una serie de muertes. Tal vez quiere seguir con ellas. Como aquel Destripador que aterrorizó a Londres el siglo pasado.

—Aquél sólo mataba prostitutas, Doré. Y esta chica, la peluquera Yvette, era todo lo contrario de eso. Familia media, costumbres honestas, hogareña, con novio en Lyon, donde fue destinado por su empresa hace unos meses, un joven inspector de seguros parisino... Un crimen de madrugada. El otro, a las ocho y diez minutos de la noche. Uno, en una callejuela poco frecuentada. El otro, casi a la vista de todos, en el centro de Montmartre, en una peluquería moderna, con luces y grandes ventanales a la calle. El método será

el mismo, pero las circunstancias, hora y víctima no lo son, Doré.

—Es cierto —suspiró el joven periodista, tomando apuntes. Se frotó un mechón de rebeldes cabellos castaños en su sien, intentando controlarlos, y se miró, pensativo, en un ovalado espejo, lleno de salpicaduras de sangre—. Creo que pediré colaboración a un amigo, para escribir algo especial sobre este asunto, comisario.

—¿Un amigo? —se interesó el policía, mirándole huraño—. ¿Quién?

—Un carnicero —rió Doré—. Es vecino mío, aquí mismo, en Montmartre. A veces, cuando he querido cenar en casa un filete preparado por mí mismo, se lo he adquirido a él. Seguro que podrá ayudarme, técnicamente cuando menos.

—Bueno, eso es asunto suyo, René —se encogió de hombros el policía, hundiendo las manos en los bolsillos de su abrigo—. Pero no se pase de sensacionalismos. Ya tenemos suficiente con los hechos, por sí solos.

—Descuide, comisario —prometió el joven, camino de la puerta—. Seré de lo más honesto que imagina. Después de todo, a este asunto no hace falta añadirle detalles macabros. Le sobran por todas partes. *Au revoir*, comisario.

Se alejó frívolamente hacia la calle. Prejean le contempló, pensativo.

—¿Algo más, comisario? —le preguntó un gendarme, regresando del patio, tras un examen ocular minucioso.

—De momento, no —suspiró el policía cansadamente, meneando la cabeza—. Creo que es todo lo que podemos hacer aquí. Ha comprobado si alguna otra puerta queda sin cerrar en ese patio, ¿durante la tarde?

—Solamente una, comisario: la de la trastienda de ese vecino negocio, el pequeño supermercado. Cierran tarde, y no pueden cerrarla hasta entonces, porque necesitan entrar y salir con las mercancías...

—Nada tan sencillo para alguien como entrar en el supermercado, deambular por él, aprovechar un descuido para pasar al patio por la puerta trasera, y regresar luego, mezclándose entre los demás clientes y saliendo del local sin ser advertido. Eso es lo que debió de ocurrir.

—Sin duda, comisario. Es un supermercado que tiene

habitualmente abierto hasta las ocho y media. A esas horas, es cuando tiene más clientela, aprovechando para hacer compras de última hora.

—Me lo temía —gruñó Marcel Prejean, comisario de policía, sacudiendo la cabeza con un gesto de disgusto—. Vamos ya. Cierren el establecimiento y vigilen los alrededores. Pero no creo que ese asesino se acerque aquí para nada.

* * *

El gendarme Louis Leclerc saludó cordialmente al periodista.

—Hola, señor Doré —dijo con una sonrisa—. ¿Ya de regreso a la redacción?

—Todavía no —negó el joven reportero, deteniéndose junto al buen gendarme que acostumbraba a prestar servicio en aquella zona de Montmartre, y a quien conocía desde hacía años—. Confidencialmente, esta noche quiero cenar en casa, y guisarme yo mismo el menú. Estoy harto de comer latas o de ir al restaurante. Me he confeccionado un menú apetitoso. Sopa de pescado... de sobre, naturalmente. Y luego, un filete con champiñones y salsa. Los champiñones son de lata. Y la salsa, también. Pero el filete, al menos, será completamente natural.

—Entiendo —rió el gendarme con buen humor. Señaló a la carnicería—. Va a comprarle algo a *monsieur* Issard.

—Exactamente, amigo Leclerc —rió el joven periodista con buen humor—. Eso, si quiere servirme ya a estas horas...

—Bueno, el carnicero no serviría ya a nadie. Pero el amigo y vecino, espero que sí. Le deseo suerte, *monsieur*. Si no... el restaurante será la mejor solución.

—No me lo diga. Ya es bastante horrible imaginarlo.

Y Paul Doré agitó una mano, despidiéndose de Leclerc, para cruzar la calle y detenerse ante la carnicería de Issard. Naturalmente, el establecimiento estaba cerrado ya, aunque había luz dentro. Doré consultó su reloj. Las diez y cuarto. Demasiado tarde, incluso para molestar a un buen vecino como el carnicero Issard.

Sólo que había algo más que el filete, y por ello lo intentaría. Quería que Lucien Issard le hablase de hachas, de modos de partir

carne y cosas así.

Pulsó el timbre de la pequeña puerta inmediata a la tienda. Esperó. Tras una corta espera, se abrió la puerta. Asomó una figura menuda y esbelta, y un mechón de rojos cabellos sobre un rostro pequeño y ovalado.

—¿Qué desea a estas horas?... —comenzó ella. Luego, le reconoció—. Oh, es *monsieur Doré, le journalist*... Pase, pase. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Verá, *madame Issard*... Temo ser demasiado intempestivo, pero tuve trabajo, y aún no he cenado. No me apetece ir al restaurante, sino meterme en casa, trabajar un rato antes de ir a la redacción y comer algo.

—Le comprendo —sonrió la señora Issard risueñamente—. Comer siempre en un restaurante termina por cansar a cualquiera. Debería casarse, *monsieur Doré*.

—Casarme... —suspiró él, moviendo la cabeza—. Cielos, no. Prefiero el restaurante, *madame*.

—¿Tanto teme al matrimonio?

—Es sólo prudencia —respondió riendo—. Bueno, sólo deseaba un pequeño filete, a ser posible...

—¡Naturalmente! Venga a la tienda. Le partiré uno, jugoso y tierno como nunca lo habrá comido.

La siguió. Pese a las excelencias del trozo de carne prometido, Doré sentíase ligeramente defraudado. Miró al fondo del corredor. Había luz en el comedor de los Issard. Un niño veía la televisión, con gesto somnoliento ya. En el receptor sonaban disparos y galope de caballos, como siempre.

—¿No está su esposo? —se interesó Doré con tono casual.

—Oh, sí. El siempre está en casa —sonrió su esposa, rodeando el mostrador y dando la luz sobre las balanzas y el blanco, impoluto mostrador de mármol—. Pero esta noche no se siente muy bien. Se acostó pronto, a eso de las siete. Cuando lo hace, no le gusta que le molesten. Debe dormir, porque ni siquiera pidió la cena. Y no quiero oírle gruñir si le despierto para ofrecérsela.

Doré no dijo nada. Observó que la señora Issard buscaba, con cierta perplejidad, entre las herramientas de la carnicería.

—No debí molestarla —comentó el joven. Y añadió, cortés—: ¿Ha perdido algo?

—No, no —negó ella—. Sólo que creí que había otra hacha para trocear... —Se encogió de hombros y fue a un mueble que abrió, sacando varias hachas y cuchillos de diverso tamaño—. Aquí están. Supongo que una de ellas es la que buscaba. Pero como Lucien acostumbra a dejarla fuera...

Extrajo de la cámara un trozo de carne, para cortar un filete escogido. Doré, pensativo, contempló el filo centelleante del hacha, hendiendo la carne, jugosa y sangrante, que cedió suavemente al impulso del acero afilado.

Sintió un estremecimiento. Recordó el cadáver de Yvette, en la peluquería. Ciertamente, no sería él quien cenara carne esta noche. El filete sólo había sido un pretexto.

Ahora estaba pensando también en un hacha que no estaba donde debía de estar. Al menos, eso decía la señora Issard. Era un hacha cuadrada, pequeña, afilada. Casi idéntica a la otra, la del crimen. Sacudió la cabeza. No debía pensar cosas así. No era justo. Issard era un buen vecino y un buen carnicero. Cambiar de sitio un hacha o un cuchillo, no podía significar nada especial.

—Su filete —dijo ella, envolviéndolo cuidadosamente—. Ya me dirá qué tal es... Cuesta diez francos.

Se los pagó. Recogió el envoltorio con la carne. Luego, hizo un comentario:

—Mañana pasaré a decirle cómo resultó mi cena. Y es posible que compre otro filete. Gracias por todo, señora Issard. Buenas noches. Y mis saludos a su esposo.

—Se los daré, gracias. Buenas noches, señor Doré. Y buen apetito...

Salíó de la casa. En la televisión seguían sonando disparos y relinchos, caballos al galope y música bélica. El niño de los Issard aguantaba bien, aunque cada vez más somnoliento. Oyó decir a su madre, cuando ya salía a la calle:

—Vamos, Pierre, hijo. A la cama. Deja ya de ver televisión. Mañana no habrá quien te saque de las sábanas cuando llegue la hora del colegio.

Sonrió, pisando la acera. Los Issard eran buena gente. Resultaba ridículo sospechar nada, por un simple cambio de sitio de un hacha de trocear carne.

Miró el filete. Sacudió la cabeza, y miró en torno. Observó la

presencia de un perro, husmeando en un callejón inmediato. Le siseó. El perro giró la cabeza. Doré le hecho el filete jugoso y tierno. El animal meneó la cola, radiante ante tamaño festín.

Luego lo atacó con fruición, mientras Paul Doré cruzaba la calzada para meterse en un restaurante, y pedir un plato de pescado.

Dentro de la vivienda de los Issard, una voz grave estaba preguntando:

—¿Quién era, Denise?

—Nuestro vecino, el señor Doré, el periodista. Quería carne para cenar. Le di un filete. Ha tenido trabajo y no pudo venir antes. Preguntó por ti. ¿Cenas algo?

Lucien Issard se mantuvo quieto, erguido en la puerta de su habitación. Su recia figura parecía aún más vigorosa en camiseta, con los fuertes músculos de sus rudos brazos al descubierto. Los ojos, pequeños y grises, parpadearon.

—No tengo apetito —rechazó. Tocóse las sienes—. Me duele la cabeza, querida.

—No debes abandonarte por ello. Toma una aspirina y luego cena algo.

—No. Tomaré la aspirina. Prefiero dormir. Mañana estaré mejor, sin duda.

—Sin duda —admitió ella, con un suspiro—. Llevas ya dos noches sin cenar, Lucien. Espero que esta noche descargue ya la tormenta, y tus nervios mejoren. Está muy nublado, y creo que lloverá.

—Yo también lo creo. Volveré a la cama. Mañana, a la hora de abrir, creo que estaré bien. ¿No te acuestas tú?

—Más tarde. Tengo que lavar los platos aún y acostar a Pierre. Iré enseguida, querido... —Se dirigió a la cocina. Luego dijo bruscamente—: Ah, Lucien, procura dejar siempre las cosas en su sitio. Esta noche, no encontraba el hacha pequeña de trocear... Luego encontré todas en el armario. Por cierto, ¿eran tres o cuatro las que teníamos?

—Tres —dijo con voz seca el carnicero—. Siempre tuvimos tres, querida.

—Vaya... Empiezo a tener poca memoria para las cantidades. Yo estaba segura de que eran cuatro... Bueno, no tiene importancia.

Se alejó hacia la cocina, regañando de nuevo al niño que, contrariado, se puso en pie cuando su madre apagó el televisor.

Lucien Issard, mientras tanto, se había quedado rígido, en el umbral del dormitorio, la mirada fija en el vacío. Encajó sus mandíbulas con gesto sombrío.

Luego regresó al interior de su habitación, cerrando la puerta sin ruido.

Fuera, sonó el lejano y sordo tamborileo de un trueno aún distante. Sobre los cristales de la ventana, comenzó a caer llovizna intermitente. Con un suspiro, Issard apoyó su frente febril en el vidrio. Sus brazos cayeron a lo largo.

—Ya llega la tormenta... —jadeó—. Ya llega... y me sentiré mejor.

Luego fue hasta la percha. Tomó su gabardina de allí. Miró el borde de las mangas y respiró con fuerza.

—Menos mal que pude limpiarla —musitó—. Han salido. Las manchas de sangre han salido...

Y cerró los ojos, notando arder su frente, pegada al vidrio de la ventana, sobre la que allá fuera, resbalaba ya la lluvia, con creciente intensidad.

CAPÍTULO III

El doctor Maurice Rocquevert, del Instituto Médico-Legal de París, irguió la cabeza y contempló a su joven interlocutora.

—¿Por qué quiere saber esos detalles, doctora Renard? —se interesó.

La doctora Line Renard, médico psiquiatra del Hospital Saint-Antoine, vecino al Instituto Forense, estudió al director del centro médico-legal con aire pensativo. La luz gris y triste del día lluvioso se reflejó en los cristales de sus modernas y estilizadas gafas.

—Podría decirle que es simple y rutinario interés profesional, doctor Rocquevert —dijo—. Pero mentiría. El asunto me interesa por otras facetas. Y quisiera saber lo más posible sobre esas dos infortunadas mujeres y el modo en que murieron.

—He terminado la autopsia de ambas hace una hora —comenzó Rocquevert, quitándose sus lentes y empezando a limpiar los vidrios con parsimonia—. Quise ocuparme personalmente del asunto, aunque estaba seguro de que pocas novedades podían ofrecerme esos dos cadáveres, cuya causa de fallecimiento era obvia.

—Imagino que así ha sido. No hay nada especial en ellos, salvo la forma en que se les causó la muerte.

—¡Exacto! Ninguna otra violencia. El asesino no trató en absoluto de forzarlas, de practicar una violación, ni siquiera el más leve contacto sexual con sus víctimas. El acto criminal se limitó, justamente, a la agresión en sí. Lo que parece indiscutible es que utilizó una fuerza física tremenda para atacarlas, y que además sabía golpear con ese arma.

—¿Por qué lo dedujo así, doctor?

—El corte es siempre limpio, el hachazo preciso. Nada de esquiras de hueso, nada de músculos desgarrados ni mellas

desiguales. Es siempre un modo de corlar que denuncia la existencia de una mano experta en manejar tal clase de arma.

—Y el arma es un hacha pequeña.

—Sí. Pequeña, pero lo bastante demoledora para matar. Muy afilada. Y bien manejada. Suficiente para las intenciones del asesino.

—¿Un hacha de cortar carne, según creo?

—Eso es. La policía ha pedido información a carniceros del matadero municipal y de los depósitos frigoríficos. Todos coinciden, según parece. Un hacha de cortar carne al detall, en un establecimiento de expedición de carnes al público.

—Entonces, se busca a un carnicero.

—Eso ya no es asunto nuestro, doctora Renard. Pero no exactamente ha de ser un carnicero. Podría ser un matarife, un charcutero, una persona que se haya entrenado con un hacha de ese tipo, para desorientar a la policía... Pueden ser muchas las posibilidades, aunque inevitablemente, el sensacionalismo de los periodistas ha dado ya ese nombre al asesino, aunque jugando con el doble sentido del arma y los crímenes cometidos: el *Carnicero de Montmartre*. Lo dicen hoy los periódicos.

—Lo he leído —asintió secamente la doctora Renard—. A mí no es lo que dice la Prensa lo que me interesa. Tampoco el arma o los métodos de la policía para buscar al culpable.

—Sin embargo, se interesa usted por el asunto.

—Sí.

—¿Profesionalmente?

—En cierto modo. Yo no soy médico forense como usted, doctor Rocquevert, pero soy psiquiatra y la mente humana es mi campo de trabajo. A mí no me interesan especialmente las víctimas.

—Creo entender: le interesa el asesino.

—Exacto. Estoy investigando ahora el comportamiento de los criminales, las motivaciones psíquicas de los asesinos, muy en especial de aquellos que no lo son por delincuencia habitual, sino por alguna tara mental.

—¿Piensa analizar la mente de un asesino psicópata, pongamos por caso, a través de sus actos criminales? —indagó el doctor Rocquevert.

—Algo parecido —afirmó la doctora Renard—. He presentado

una tesis en una conferencia reciente sobre psiquiatría, y ahora he sido invitada a un simposio internacional de Psiquiatría, y la conducta psicopática de los criminales será el tema de mi conferencia. Quiero demostrar a todo el mundo que, para un médico especializado, para un psiquiatra que se ocupe de la conducta de los criminales mentalmente insanos, es más fácil llegar a descubrir al asesino y su identidad, por medios clínicos, que a la policía siguiendo sus propios métodos.

—No deja de ser una teoría interesante, doctora Renard, pero *sólo* una teoría —le hizo notar con una sonrisa benévola el forense—. Para llegar a la conclusión de que, efectivamente, con idénticos datos en poder de un psiquiatra y de un comisario de policía, pongamos por caso, este último llegaría más tarde a resolver el caso que el médico, haría falta demostrar previamente que ello es posible.

—No me ha entendido bien, doctor —dijo con cierta arrogancia la doctora Renard, tocando mecánicamente sus gafas de montura metálica sobre la recta y bien formada nariz—. No es que piense ofrecer una teoría en ese Simposio internacional. Ello no sería sino una hipótesis más. Y yo no quiero moverme en el terreno de lo hipotético, sino en el de la más pura y estricta realidad.

—¿Cómo piensa demostrar su aserto, en tal caso?

—Del modo más sencillo y directo: demostrando previamente que ello es así. Y para ello, este caso puede ser el ideal que persigo. La policía busca a un hombre que ha matado a dos mujeres. Sólo sabe de él que podría ser un carnicero y que, cuando menos, sabe utilizar con perfecta técnica el hacha de cortar carne al detall. Que es fuerte, que parece ensañarse al golpear a sus víctimas, y que éstas, en ambos casos son mujeres, aunque en edad, profesión y condición moral o social no haya similitud alguna. En suma: tenemos los mismos datos la policía de París y yo, en este preciso momento, ¿no es cierto, doctor Rocquevert?

—Pues... sí, así es —perplejo, estudió a su colega de Saint-Antoine—. ¿Qué pretende hacer, exactamente, doctora Renard?

—Investigar. Investigar yo por mi cuenta, buscando a un hombre desconocido, a través del terreno puramente clínico, analizando su personalidad, su posible identidad, sus futuros actos, mientras la policía busca por otros derroteros. Si gano la partida, habré

demostrado mi teoría. Y no serán suposiciones lo que lleve en mi viaje, sino hechos comprobados, que pueden dar gran auge a la Psiquiatría.

—Y a la doctora psiquiatra que los obtuvo —señaló con cierta sequedad el director del Instituto—. En esto juega también su ego, doctora. Y mucho.

—¿Por qué he de negarlo? —Fríamente, ella replicó a su colega—. Tengo el propósito de ser alguien en mi especialidad y salirme de los caminos trillados de otros colegas. Creo que es una ambición honesta.

—Pero peligrosa, doctora Renard.

—¿Peligrosa? —Ella enarcó sus rubias cejas, interrogativa—. ¿Por qué motivo?

—Eso es obvio, mi querida amiga —suspiró el doctor Rocquevert—. Usted trata de enfrentarse por sí sola a un peligroso criminal que, además, mata mujeres. Si sus teorías resultaran ciertas y llegasen demasiado cerca de él, podría suceder que el riesgo a correr fuese excesivo. La policía asume esos riesgos, porque forman parte de su oficio. Pero usted es médico, y no es ése su campo de batalla.

—Se equivoca, doctor Rocquevert —sostuvo la doctora Line Renard con energía—. Mi campo de batalla, como el de todo buen psiquiatra que ame su profesión, es el de buscar los grandes misterios de la mente humana y tratar de desentrañarlos para bien de nuestros pacientes. Un psicópata asesino es, por encima de todo, un enfermo. Y como tal me interesa, no como posible candidato a la guillotina, que es el punto de vista de la policía. Un enfermo cuyo paradero e identidad real desconocemos hasta ahora unos y otros. Veremos quién desvela esas interrogantes, si ellos o yo. He tomado mi decisión, doctor. Y no me volveré atrás. Bajo ningún pretexto.

—Bien. Le deseo suerte. Va a necesitarla... —Meneó la cabeza, estudiando a su joven y bella colega—. ¿Cómo piensa empezar?

—Por el principio, naturalmente. Y ése no puede estar en otro sitio que en el propio Montmartre, donde todo ha sucedido...

* * *

Jean Luc Juvet alzó los ojos de las galeradas que distribuía en

los montajes de páginas para la siguiente edición y se quedó mirando, pensativo, a su redactor de sucesos.

—¿Habla en serio, Doré? —preguntó, sorprendido.

—Totalmente, señor director —asintió el joven periodista—. El propio comisario Prejean me ha telefoneado. No quiere que dé el menor eco a esa información. Me ha pedido que no le haga el juego a esa mujer. Dice que es algo demasiado peligroso para convertirme en cómplice de una posible hecatombe, si hago lo que ella pretende de mí.

—¿Y qué es lo que pretende de usted, exactamente? —se interesó el director del *Journal*, sin quitar la mirada de su subordinado.

—Publicidad.

—¿Publicidad? —repitió Jouvett, perplejo.

—Eso es. Nada más que publicidad. Se ha dirigido ya a mi colega Aumont, del *Soir*. Fue él quien avisó al comisario, informándole de esa insólita petición. El comisario teme que ahora recurra a nuestro diario. Y sospecho que no está descaminado el viejo Prejean.

—¿Qué clase de publicidad pide, exactamente?

—La peor. Parece que quiera poner nervioso a nuestro hombre, el carnicero de Montmartre, como le han bautizado esos chupatintas de vía estrecha. Es algo así como un desafío, un cebo o como quiera llamarlo.

—¿Qué pretende? ¿Atraer sobre sí al asesino?

—Poco más o menos. Ella cree que va a sacarle de su escondrijo y obligarle a cometer algún error que le delate. Eso demostraría que es más inteligente y eficaz que la policía, puesto que ha logrado lo que el comisario no logró. Asegura, según dice mi colega Aumont, que su teoría consiste en señalar a los psicópatas asesinos como enfermos dados a la presunción y el narcisismo, seres que se envanecen de lo que hacen y gustan alardear de ello. Aunque el ataque sexual no exista, no deja de ser una motivación de frustraciones sexuales la que les empuja a la violencia. Esa clase de psicópatas, siempre según ella, son vulnerables en su egolatría y orgullo, que les hace sentirse heridos cuando alguien les reta y pone en duda su valía.

—Es posible que, clínicamente, tenga razón esa dama. ¿Es

doctora?

—En psiquiatría —asintió Doré—. Presta sus servicios en la Sección de Psiquiatría del hospital de Saint-Antoine.

—Y supongo que el comisario no quiere que sus teorías se aireen.

—No son sus teorías las que quiere airear, sino una especie de reto o desafío al asesino. Ella confía en provocar su reacción y conducirlo, insensiblemente, a delatarse a sí mismo y revelar su verdadera personalidad.

—¿Usted cree en esa posibilidad?

—¡Ni creo, ni dejo de creer! Pero opino como el comisario Prejean. Es un riesgo estúpido, casi suicida. Si nos enfrentamos a un psicópata, y no hay nada que nos pueda hacer pensar lo contrario, sus reacciones pueden ser mucho más imprevisibles de lo que la doctora imagina.

—Entiendo. El peligro podría apuntar directamente... *a ella*.

—Exacto, jefe —asintió Doré, ceñudo. Meneó la cabeza, pensativo—. No sé si ella pensará ahora, tras la negativa de Aumont y el *Soir* en llamarnos a nosotros, pero si es así, creo que deberíamos decirle que...

Se interrumpió al sonar el teléfono del director del *Journal*. Éste tomó el aparato, y escuchó un momento en silencio. Luego asintió, tendiendo el teléfono a su redactor.

—Tome —gruñó—. Dígaselo a ella usted mismo. La doctora Line Renard, psiquiatra del hospital de Saint-Antoine, está al aparato...

* * *

Lucien Issard cortó las chuletas cuidadosamente, como hacía siempre. Las envolvió en el papel encerado, y luego en el de envolver, blanco y recio. Entregó el pedido a la mujer canosa que esperaba. Luego, mientras cobraba el importe, sufrió un sobresalto.

La figura del gendarme, encuadrada en la puerta, no era insólita ni desacostumbrada para Issard. Louis Leclerc, el veterano gendarme, acostumbraba a pasar con frecuencia por allí. En el barrio, todos eran como viejos amigos. Y Leclerc, con su uniforme y su gorra, no era sino uno más entre todos ellos.

A pesar de eso, el carnicero se había sobresaltado, aunque trató

de disimularlo. Devolvió el cambio, cayéndosele encima del mostrador un par de monedas de veinte céntimos.

—Hola, Lucien —saludó Leclerc jovialmente—. ¿Cómo va el negocio?

—Como siempre —habló Issard, rehaciéndose. Incluso sonrió—. ¿Y el tráfico?

—Peor. Como siempre también —rió el gendarme. Luego, añadió, mostrando el periódico que llevaba bajo el brazo—: Deberíais querellaros todo el gremio contra los periodistas.

—¿Por qué? —indagó Issard, sorprendido.

—Por ese apodo que le han dado al asesino de Montmartre... ¡Llevarle El Carnicero, sólo porque usó un hacha de partir carne para liquidar a esas dos mujeres! ¿Cree que eso se puede consentir, Lucien?

Issard había palidecido. Pero eso, Leclerc no podía advertirlo. La penumbra de la carnicería impedía advertir tales detalles, y más desde la puerta. Por otro lado, el mediodía nublado, lluvioso, tras el temporal de la noche pasada sobre París, no contribuía demasiado a la buena visibilidad de la tienda.

—El carnicero... —repitió Issard—. Sí, es de mal gusto... Pero ya sabe cómo es la gente. Le gusta leer cosas así. Y ellos tienen que vender periódicos. ¿También Doré habla de ello?

—Oh, sí, pero no usa esos términos. Sin embargo, parece que el tipo que liquidó a esas pobres mujeres sí sabe manejar bien el hacha.

—Para eso no hace falta ser carnicero —objetó secamente Issard—. Cualquiera puede llegar a manejar un arma así fácilmente. Pero ya se sabe que esos nombres vulgares suenan bien en los asesinatos... ¿Usted ha visto los... los cadáveres?

—Oh, no. Yo, no. No estaba de servicio cuando ocurrió. Y era a alguna distancia de aquí. Pero otros compañeros me lo contaron. Era horrible. Una auténtica carnicería en ambos casos. Y perdone la alusión, pero es lo primero que a uno se le ocurre.

—Claro, lo comprendo. —Issard deslizó su mirada sobre los cuerpos de las reses que colgaban de los ganchos de su establecimiento, y se estremeció—. ¿Hoy no lleva nada para su mujer?

—No, no. Hoy, no. Ella va a casa de su hermana estos dos días.

Ya sabe, la que tiene enferma en Barbizón. Me quedo solo, y no me gusta cocinar. No hago como el señor Doré, que goza con la buena carne guisada por él mismo. Me iré a comer al restaurante de Perrault. Es económico y se come bien en él.

—De acuerdo, Leclerc. De todos modos, salude a su esposa en mi nombre cuando regrese.

—Así lo haré. Mañana es mi día libre, pero detesto las enfermedades y no me llevo bien con mi cuñada. De modo que daré un paseo por aquí, sin uniforme, y veré cualquier película, Issard. Ya le daré sus saludos a Lisette cuando vuelva, el viernes. Hasta luego.

Se alejó, agitando su brazo cordialmente. La inconfundible figura del gendarme se perdió bajo la llovizna que hacía orillar su impermeable. Issard se quedó solo. Era tarde ya. Se dispuso a cerrar la tienda hasta por la tarde.

Salió a echar el cierre. Casi se tropezó de bruces con Paul Doré, el periodista, que venía presuroso por la acera.

—Oh, ¿qué tal, Issard? —se interesó el joven reportero del *Journal*, deteniéndose y palmeando, amistoso, las anchas espaldas del carnicero—. ¿Pasó ese malestar de anoche?

—Por fortuna sí. Doré —asintió vivamente el carnicero—. Cosas del tiempo, sin duda. Uno ya no es tan fuerte como antes. Creo que no me doy cuenta, pero me voy haciendo viejo.

—Vamos, vamos. Tiene el aspecto de un roble —rió Paul Doré—. Resfriarse, puede ocurrirle a cualquiera. Lo importante es superarlo pronto, y veo que lo hizo. Ah, dígame a su esposa que el filete de anoche fue excelente.

—¿Quiere algo más ahora?

—No, gracias. Hoy tengo tiempo sobrado para todo. Anoche es que iba con prisas. Culpa de lo ocurrido en la peluquería de Rue Montmartre, ya sabe...

—Oh, sí, la peluquería... —asintió Issard vagamente—. Esa pobre chica... Lo oí en la radio. Y he visto los diarios.

—Espantoso, ¿no? —suspiró Doré mirando al carnicero.

—Terrible —corroboró éste—. ¿Saben..., saben algo nuevo de todo eso?

—Yo, no —se encogió de hombros Doré—. La policía siempre se calla sus cosas, pero el comisario Prejean anda muy preocupado por

lo que he podido ver.

—¿Por qué se cree que lo harían?

—¿Matar a la peluquera? Oh, simplemente porque el asesino está loco.

—¿Loco? —repitió Issard la palabra con voz tensa—. ¿Cómo lo saben?

—Es evidente. Un psicópata violento y peligroso. Lo dicen todos: la policía, los psiquiatras, los expertos...

—¿Hubo... violación?

—No. —Doré miró de reojo a Issard—. Ni hacía taita. El psicópata puede sentir un placer sexual en el simple hecho de agredir, de matar. Al menos, es lo que dicen.

—¿Quién lo dice?

—Los psiquiatras, especialmente... Ellos entienden de eso. La gente humana es su terreno. No había el menor motivo para matar a dos mujeres tan diferentes como las que han sido víctimas del carnicero... Perdón, Issard, pero así la han dado en llamar algunos colegas.

—Lo sé, lo sé —torció el gesto, con cierta ironía—. De ésta vamos a sacar mala fama los carniceros, Doré.

—No haga demasiado caso. La tentación del apodo era demasiado fácil para que algunos de mis colegas no la aprovecharan. Yo creo que...

En ese momento, una voz sonó fríamente a espaldas de ambos hombres:

—¿Señor Doré, Paul Doré, del *Journal*?

Sorprendido, Paul se volvió hacia donde sonaba la fría y profunda voz. Se encontró con una bella mujer, de gabardina azul, anudada a la cintura, boina de igual color sobre unos cabellos suavemente dorados, ojos azules protegidos por los vidrios de unas gafas de montura metálica, moderna y estilizada, y un cuerpo evidentemente bien formado, cuyas bellas piernas se enfundaban en botas para la lluvia, de color igualmente azul, en charol.

—En efecto. Yo mismo —asintió el periodista, gratamente intrigado—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Con la doctora en psiquiatría Line Renard, del hospital de Saint-Antoine... —dijo ella escuetamente, con frialdad profesional—. Soy la mujer que ha prometido encontrar al asesino de

Montmartre antes que la policía, usando métodos diferentes a los de ella.

Lucien Issard se mantuvo sereno e impassible. Pero sus ojos, fijos en aquella mujer joven y segura de sí, tuvieron un repentino destello que ninguno de los dos jóvenes advirtieron.

En ese destello, se mezclaron dos emociones diferentes y profundas, que apenas si se revelaron durante una décima de segundo.

Una de esas impresiones era miedo.

La otra, astucia.

CAPÍTULO IV

Era el pequeño restaurante de los Perrault, no lejos de la redacción del *Journal*, en el faubourg Montmartre, equidistante del apartamento de Paul Doré y de la carnicería de su vecino y amigo, Lucien Issard.

Ella no quería almorzar. Ya lo había hecho, y se limitó a aceptar un café solo, mientras Paul iniciaba su lento y pausado ataque a un consomé *au poulet*, y un plato de mariscos del tiempo, sobre un soporte de hielo triturado. Un vino blanco, seco, acompañaba el menú.

Alrededor de ellos, las paredes de madera vieja, las reproducciones de litografías típicas de Toulouse Lautrec, en el Moulin o en el Folies, los globos de luz y todo lo que denunciaba la nostalgia de la *belle époque*, formaban el ambiente bohemio, artístico y pintoresco del local de Henri y Michéle Perrault. En una esquina de la sala, bajo un viejo *affiche* de Jane Avril, el piano que *madame* Perrault acostumbraba a tocar para amenizar las cenas de su restaurante.

En aquel ambiente, la fría asepsia y modernismo funcional de una mujer como la doctora Line Renard, psiquiatra de Saint-Antoine, resultaba algo así como un iceberg flotando en un mar de petróleo ardiendo.

—¿Cómo me identificó? —quiso saber Paul, retirando la taza del consomé para enfrentarse con mirada de complacencia al surtido de mariscos sobre el soporte metálico que sostenía la fuente con el hielo, y las diversas salsas debajo, en sus respectivos y pequeños recipientes.

—No fue difícil. Su periódico trajo su fotografía no hace mucho, con motivo del proceso de la envenenadora de Amiens. Me bastó

buscar en la hemeroteca cuando su director me insistió en que usted no cooperaría en mi experimento.

—No va a conseguir nada con esto, doctora Renard. Alabo su obstinación, pero no colaboraré con usted en esta locura.

—No es ninguna locura, señor Doré. Podemos hacerlo. Es una posibilidad de inestimable ayuda a la policía. La ciencia puede colaborar al descubrimiento de los criminales.

—Eso ya se hace desde muchos años antes, doctora, y usted lo sabe: Lombroso, las huellas dactilares, los genes

X-y

, la electrónica y un sinnúmero de cosas más.

—Esto es diferente. Se trata de aplicar la psiquiatría a la investigación, de estudiar y analizar a un criminal como si fuese un virus, y tratar de aislarlo... y luego erradicarlo.

—¿Erradicar el crimen? ¿Hoy en día? —Doré lanzó un suspiro, dejando de saborear los camarones. Meneó negativamente la cabeza —. Permítame que dude mucho sobre ese punto.

—De modo que se niega.

—¿A ayudarla? Rotundamente, sí. Ya se lo dije por teléfono. Pudo ahorrarse el venir a buscarme a los sitios que habitualmente frecuento. Además, yo no soy la policía, sino simplemente un periodista. ¿Por qué no pide ayuda al comisario Prejean? El lleva este caso.

—Ya sabe que lo hice. Y no obtuve nada.

—¿Entonces a qué viene a buscarme a mí? El *Journal* no colaborará en un suicidio, doctora.

—¿Suicidio? ¿De quién? —Pestañeó ella tras sus gafas, sin quitarle los ojos de encima, intacto aún su café en la taza.

—De usted.

—Eso es una tontería.

—No, no lo es. Imagine que, realmente, da resultado su teoría y halla al asesino antes que la policía. ¿Que podría suceder? Dos cosas: que usted pudiera dar aviso a tiempo a los agentes, y cazaran al culpable. O que no pudiera hacerlo, y el asesino la tratara como a las demás mujeres, pongamos por caso.

—Cuando se busca algo importante, siempre se debe de correr algún riesgo.

—Pues hágalo sin mi ayuda. No quiero cargos de conciencia,

doctora.

Siguió su almuerzo. Ella, irritada, le miró. Apartó su café.

—Está bien. Lo haré como dice. Voy a demostrarle algo más. No sólo no creo en la eficacia policial, en los casos en que el culpable es un enfermo mental, sino que tampoco creo en la Prensa. Usted sería incapaz, con todo el poder que le da su oficio y el periódico donde trabaja, de adelantarme en mis investigaciones.

—Yo no investigo: informo.

—Está mintiendo a sabiendas —replicó ella con rara frialdad—. Le encontré hablando con un carnicero. Todo el mundo sabe que el asesino puede ser un carnicero.

—Espere. No vaya tan deprisa —cortó Doré, dominando su sorpresa—. Ese carnicero al que usted se refiere es un viejo amigo y vecino mío. Adquiero allí la carne que, como soltero y sólo que soy, cocino algunas veces para no comer siempre en restaurantes. Pero eso es todo. Lucien Issard es un buen hombre. No haría daño ni a una mosca, le conozco bien.

—¿Cómo cree que será ese asesino que ataca con un hacha a las mujeres solitarias? En apariencia, tal y como usted ha descrito a su amigo y vecino: un buen hombre, con una familia, carácter afable, simpatía para sus clientes y amigos, y una vida intachable y sin problemas. Ocurre siempre así en los psicópatas. O casi siempre. En realidad, son esquizofrénicos. Tienen dos personalidades diferentes, claramente separadas la una de la otra.

Doré no replicó. Cuando iba a hacerlo, recordó la ausencia posible de *un* hacha de trocear en la cocina. Y un hombre aparentemente enfermo, encerrado en su habitación, sin ser molestado, mientras se cometía un crimen. Pero una habitación tiene ventanas. Un hombre puede faltar media hora o más sin que su familia lo note, siempre que no abra la puerta para algo. Y la señora Issard había asegurado que a él no le gustaba ser molestado cuando se sentía indispuerto...

No dijo nada. Siguió comiendo. La doctora se puso en pie. Le miraba de un modo raro.

—Sé que usted está buscando al asesino —dijo—. No puede engañarme. Ni puede engañarse a sí mismo. Para eso conozco a las personas. La psicología forma parte de mi especialidad.

—Soy un periodista. Sólo busco información, noticias. Los

periódicos se venden por eso, doctora.

—Usted *sabe* que ese amigo suyo puede ser el asesino. Creo que incluso sospecha de él. Ignoro si con razón o sin ella.

Doré empezaba a sentirse incómodo delante de la joven psiquiatra. No le gustaba la idea de sentirse como examinado bajo un potente microscopio.

—¡Doctora Renard!, está perdiendo el tiempo si quiere que le hable del caso y de mis ideas sobre el mismo. Además, no tengo por qué sospechar de nadie. Yo no soy la policía.

—Le diré algo, señor Doré. Éste es el reto que les lanzo a usted y al comisario Prejean, por negarse a colaborar conmigo: yo descubriré al asesino *antes* que usted y que la policía. Reto a la Prensa y a las autoridades, para demostrar a ambas que la psiquiatría, la Ciencia, puede encontrar antes a un criminal psicópata, que todos los métodos rutinarios policiales y todas las pesquisas y teorías de los criminólogos habituales. Ése es mi reto. Y no me importa que usted no lo publique, señor Doré. Sé dónde podré lanzar ese reto abiertamente: ¡en la televisión!

—No lo haga —pidió Paul suavemente—. Es un error. Un grave error, doctora.

—Está decidido.

—Usted no es un policía ni un periodista. No trate de ser noticia.

—No busco fama ni publicidad. Sólo deseo demostrar que los criminales mentalmente insanos, no son buscados ni tratados como corresponde: el secreto, la clave de sus actos y de sus delitos, está en su propia mente. Y a ese punto, tenemos más acceso los psiquiatras que ustedes.

—Demostrar su teoría significa peligro, ya se lo dije antes.

—Lo arrostraré. Todo experimento encierra riesgos. De otro modo, el mundo estaría aún alumbrado por antorchas, y por toda arma habría ballestas y flechas, mientras la peste bubónica y la lepra dominarían por doquier.

—Tiene usted unas ideas muy peregrinas, doctora.

—Es una convicción. La Ciencia debe de ser útil a la sociedad en todos los terrenos. Ese criminal es una amenaza para todo París, especialmente para Montmartre si sigue atacando a sus víctimas en este distrito. Hay que hacer algo. Y pronto. Presiento que en cualquier momento puede descargar nuevamente el golpe sobre

alguien más.

—¿No cree que haya terminado ya su tarea criminal? —Enarcó Doré las cejas.

—No —negó ella, encaminándose hacia la salida del restaurante—. Es más: estoy convencida de que, no tardando mucho, el asesino atacará de nuevo.

—¿Por qué lo cree?

—Es un presentimiento.

—Eso no resulta muy científico, ¿no, doctora? —bromeó Paul, sonriendo.

—El presentimiento viene de una causa concreta: está a punto de llover, señor Doré.

—¿Y qué tiene que ver la lluvia con todo esto? —se extrañó Paul.

—Más de lo que imagina. Esas dos noches en que tuvo lugar la muerte de esas infortunadas mujeres, se repitió un hecho peculiar en el que nadie se ha fijado: en ambas ocasiones, la lluvia llegó pocas horas después de cometido el crimen.

—Es cierto —admitió Paul, sintiéndose interesado a su pesar en el comentario de la joven psiquiatra de Saint-Antoine—. ¿Y...?

—Creo que la mente de ese hombre sufre una crisis en los momentos que preceden a la lluvia. La presión atmosférica, el nublado, la humedad, acaso todo ello unido, por la influencia depresiva que puede ocasional en una mente hipersensible, es quizá la causa de una crisis que puede conducirlo al asesinato.

Doré meditó unos momentos, mientras ella llegaba a la salida del pequeño y pintoresco restaurante parisino. Luego se encogió de hombros.

—Es una teoría bastante factible —admitió—. Tal vez debamos esperar a un tercer asesinato para confirmarla, doctora Renard.

—Lo confirmará, no lo dude. El asesino golpeará de nuevo. Es lo típico en estos casos de posible esquizofrenia o paranoia, señor Doré —manifestó ella, con tono seco.

—Doctora, voy a recoger su reto —dijo bruscamente Paul—. Creo que investigaré el asunto. Sí, lo haré. Y veremos si puedo adelantarme al comisario Prejean en sus pesquisas.

—Tal vez lo haga. Pero yo me adelantaré a ambos. Estoy segura de ello, señor Doré. Buenas tardes.

Se cerró la puerta tras ella, y Paul Doré se quedó solo en el restaurante de los Perrault, profundamente pensativo ante su vacío plato de mariscos y crustáceos. Apuró un sorbo de vino blanco, y se incorporó.

Monsieur Perrault se aproximó a él desde el estrado de la caja, trayendo consigo la nota.

—¿No tomará café? —preguntó con aire sorprendido.

—No, gracias —rechazó Paul—. Tengo bastante trabajo.

Miró la cuenta y dejó en el plato unos billetes. Perrault le guiñó un ojo, malicioso.

—Hermosa dama la que le acompañaba, amigo Doré.

—Sí, muy hermosa —admitió Paul con un suspiro—. Sólo que no era una dama, sino un tratado de psicología criminalista, amigo Perrault.

Y salió del restaurante, dejando perplejo al hostelero.

Contempló el dorado y tímido sol barnizando de un dorado tono los tejados de Montmartre a través de unos jirones abiertos en las nubes grises y plomizos. Caminó hacia el bulevar, en cuya esquina unos argelinos de oscura tez vendían chucherías desparramadas sobre una tela de colores. Cualquier turista podía adquirir allí un recuerdo de París, desde la Torre Eiffel hasta el Arco de Triunfo, en miniatura, aunque luego se encontrase con el decepcionante «made in Japan» detrás del objeto.

Paseó, pensativo, ante el Museo Grevin y los cinematógrafos de películas de acción, mientras el sol volvía a nublarse. El aire olía a humedad y a sulfuro. Era muy posible que lloviera aquella misma tarde o a primeras horas de la noche.

Lluvia.

Se estremeció. De repente, un hecho tan trivial como llover cobraba una extraña y siniestra significación. No pudo dejar de pensar en las palabras de la doctora Renard.

La lluvia había caído después de morir Charlotte, la mujer pública. Y después de morir Ivette Gerard, la joven peluquera. Pero cuando murieron, la noche amenazaba lluvia, y se sentía la misma opresión que en estos momentos. Corroborando los pensamientos de Paul Doré, un lejano trueno tamborileó, distante y sordo, como una amenaza latente de tormenta.

Miró alrededor, deteniéndose ante uno de los quioscos de Prensa

situados frente a las galerías comerciales del bulevar. Adquirió un ejemplar de su propio periódico, y lo hojeó, distraído. La primera plana y parte de la tercera, iban dedicados a los crímenes del llamado «Carnicero de Montmartre».

Ello le hizo pensar súbitamente en Lucien Issard.

Issard.

La doctora Renard había imaginado que él investigaba, que tenía sospechas sobre su vecino... ¿Estaba en lo cierto?

Quería negárselo a sí mismo, pero había algo raro en Issard, el carnicero. No podía olvidar fácilmente el incidente del hacha, aunque quizá no tuviera importancia. Ni el hecho de que careciese realmente de coartada para los momentos en que murió la peluquera. Incluso recordó que su mujer habló de que no se sentía bien aquella tarde.

¿Era esa indisposición un posible indicio de alteración psíquica?

Podía serlo, pero no había evidencias de nada. Montmartre era muy grande y cualquiera podía ser el asesino. Incluso podía ocurrir que no fuese un carnicero, como los periodistas de la «Prensa amarilla» habían sugerido con sus titulares escandalosos. Podía ser un matarife, un charcutero, un leñador, un hombre fuerte, incluso, que no supiera nada, salvo usar con eficacia el hacha asesina...

Cuando Paul Doré decidió dar por terminado su paseo y regresar a la redacción del *Journal*, el cielo estaba ya totalmente cubierto, y la amenaza de lluvia era cada vez mayor.

Un extraño presentimiento, una sombría corazonada, a la que no eran ajenas las teorías de la joven psiquiatra de Saint-Antoine, invadían ya al periodista cuando entraba en la redacción.

¿Se estaba incubando en una mente enferma el tercer asesinato?

Pero esta vez, Paul Doré quería algo más que una respuesta a esa interrogante. Le había dicho a la doctora Renard que pensaba investigar el asunto. E iba a hacerlo, aunque eso disgustara a su viejo amigo, el comisario Prejean.

Esta tarde, cuando oscureciese, quería saber *dónde* estaba exactamente Lucien Issard, el carnicero.

* * *

El gendarme Louis Leclerc pasó ante la carnicería, cumpliendo

su ronda habitual. Dirigió una mirada a la fachada del establecimiento, pero no vio por parte alguna a Issard. Su mujer despachaba en la tienda.

Le hizo un saludo con el brazo, y la figura uniformada del veterano gendarme se perdió en una esquina inmediata, continuando la ronda de costumbre. No pareció particularmente preocupado por la ausencia de Issard del negocio. Tampoco los clientes que estaban en el local se habían preocupado. La señora Issard era tan buena vendedora como su marido. E incluso se podía charlar algo más con ella que con él, porque las mujeres siempre se entienden mejor entre sí.

Paul Doré sí observó que Lucien Issard tallaba de la carnicería. Y a él sí le preocupó eso. Sus ojos se clavaron, ceñudos, en la puerta inmediata, la de la vivienda particular de los Issard.

Se sentía un poco como un espía, sentado allí, en la pequeña y angosta cervecería, tomando lentamente una espumosa jarra de la alsaciana cerveza Miitzig, dorada y suave, la mirada fija en la carnicería, un diario desplegado ante él, para no ser advertido desde el negocio de los Issard.

Pero tenía que hacerlo, porque quería salir de dudas de una vez por todas. Lo malo es que las convicciones, de momento, tomaban un rumbo negativo para Issard. Se repetía el hecho de su ausencia. ¿Estaba enfermo o simplemente ausente esta tarde? Tenía que comprobarlo.

Se encaminó al teléfono, situado al fondo del local, junto a las escaleras que conducían a los lavabos, situados en el sótano. Descolgó, marcando un número tras depositar las monedas en su ranura.

La voz de la señora Issard atendió la llamada, después de una espera de algunos segundos.

—¿Sí? —Oyó su voz—. ¿Quién llama? Ésta es la carnicería Issard.

—Deseaba hablar con Lucien Issard —dijo Doré, disimulando su voz tras un pañuelo, y dándole un tono más profundo para desfigurarla.

—No está —dijo *madame* Issard prestamente—. Si puede decirme a mí lo que sea...

—No, no. Es algo personal. Y puede esperar, señora. ¿Tardará

mucho en volver?

—Bueno, le diré: mi esposo no está ausente, sino enfermo.

—¿Enfermo? —Una súbita tensión puso rígido al periodista—. ¿Es algo grave, *madame* Issard?

—No, no. Una simple jaqueca, pero muy fuerte. Se acostó, y tomó un calmante. Prefiero no despertarle, si no es algo urgente.

—No, ya le dije que no lo es, señora. Gracias. Y que se mejore Lucien.

Colgó, antes de que ella pudiera añadir más. A través de los cristales de la cervecería, pudo ver que la carnicera retenía unos instantes el teléfono en su mano, como indecisa, y luego se encogía de hombros, colgándolo. Paul pagó su cerveza en el mostrador, y salió con rapidez cuando la señora Issard volvía a la tarea de atender a su clientela.

Se alejó por la acera, sin ser visto por la señora Issard. Iba francamente alarmado. Si las cosas se repetían hoy de igual modo... la doctora Renard podía tener razón.

Se situó ahora en otro punto, estudiando la casa de los Issard. ¿Saldría el carnicero por aquella puerta, la de la vivienda, o utilizaría una salida más discreta? ¿Tal vez una ventana, algún patio interior, cruzando a otra casa vecina? ¿Quizá por los tejados?

Un hombre solo no podía vigilarlo todo a la vez. Era virtualmente imposible. Tendría que recurrir a más gente. A los hombres del comisario, quizá.

Pero ¿qué les diría? ¿Que sospechaba de Issard y quería rodear la casa? ¿Y si todo quedaba en su justa dimensión, y el bueno de Lucien era del todo inocente?

No sólo quedaría en ridículo y haría compartir éste por el comisario Prejean, sino que cabía en lo posible que, al descuidar la vigilancia de otras zonas de Montmartre, se dieran facilidades al verdadero asesino para cometer un nuevo crimen del que, en cierto modo, él sería también responsable.

Pero ¿y si Issard era culpable?

Ése era el gran dilema de Paul Doré en aquellos momentos. Más cercano, se captó de nuevo el retumbar de los truenos que aquella tarde se captaran distantes. La tormenta se aproximaba. Y con ella, la presión húmeda sobre París aumentaba por momentos.

Tal vez también sobre el cerebro de un hombre enfermo.

CAPÍTULO V

Lucien Issard se irguió despacio. Contempló el patio desde su lecho.

El último trueno, haciendo temblar los cristales de la ventana, le había despertado. En realidad, su sueño fue siempre un leve y desagradable sopor, un incómodo e inquieto descanso, agitándose en la cama, a causa de la fiebre y de los fuertes dolores en sus sienes y en su cuello.

Se acercó a la ventana. Miró al exterior. El cielo de París estaba rojizo. Las nubes se amazacotaban sobre los tejados, muy bajas. La presión era agobiante. El clima, deprimente. El aire sulfuroso olía fuertemente a humedad.

Se apretó la cabeza con ambas manos.

Le dolía. Le dolía mucho. Era insoportable. Ningún calmante servía para aliviar aquellos horribles dolores. Nada de cuanto hiciera su esposa tenía la menor utilidad.

Los ojos le dolían tanto como la cabeza. Veía las cosas oscuras, borrosas. Una sensación opresiva, de angustia, se apoderaba de él paulatinamente, haciendo intolerable todo lo que le rodeaba.

Se movió como un autómatas. Fue a agacharse ante su cama. Alzó dos de las tablas del suelo de madera, bien pulido y lustroso. De allí extrajo algo, envuelto en un plástico oscuro.

Lo desenvolvió cuidadosamente. Lo contempló.

El centelleo del filo de acero hirió sus ojos, fulgurante. Entre sus manos, el objeto destacó, sobre el fondo de plástico oscuro que impedía que sus dedos tocaran el mango de madera.

Era un hacha.

Una pequeña y cuadrangular hacha de trocear carne, terriblemente afilada. Nueva, muy nueva. Sin estrenar, tal vez. La apretó con fuerza, casi amorosamente. Los dedos de Issard

temblaban primero. Luego, se serenaron. Envolvieron de nuevo el arma en su funda oscura. Los pasos, lentos y pesados, condujeron a Issard hasta la percha, no sin antes correr el cerrojo de la puerta, suavemente, sin ruido.

Pero era sábado. *Madame* Issard no iría a despertarle o a velar su sueño. Tenía demasiado trabajo en la carnicería hasta bien avanzada la noche. Su hijo contemplaba la televisión. El ruido de ésta llegaba hasta el dormitorio.

Lucien Issard se puso sus ropas. Se cubrió con un impermeable largo y oscuro y se aplicó una gorra gris oscura sobre los cabellos revueltos.

Luego abrió la ventana. Se encaramó, pisó el alféizar. Y pasó al patio interior, cerrando luego, aparentemente de modo hermético, la ventana del dormitorio.

Cruzó el patio solitario. Olía a frituras y a guisos. De las ventanas iluminadas de algunos pisos de vecindad, salía el humo de las cocinas o el ruido de la televisión en funcionamiento. En algún receptor de radio, la voz de un locutor transmitía algún partido de fútbol nocturno.

Lucien Issard, con su arma bajo el impermeable, se perdió en las sombras, tras saltar una verja de hierro que separaba su patio del vecino.

Todavía sin romper la lluvia sobre París, sonó otro trueno más fuerte.

* * *

—Seguro que va a llover mucho esta noche, Henri.

—Eso me temo —bostezó Henri Perrault, sacudiendo la cabeza con desaliento, y bajando luego los visillos del aún cerrado restaurante—. Será una mala noche, sin duda. No es agradable salir a cenar fuera con un tiempo semejante.

—Y siempre lo pagamos nosotros, los hosteleros —suspiró su mujer, sacando brillo al piano con una gamuza. Luego dirigió una mirada satisfactoria a la sala, donde aparecían los pulcros manteles rojos, las servilletas blancas, las copas de vino y agua, los pequeños floreros, los cubiertos plateados, y el zinc brillante y bruñido del mostrador antiguo—. Pero en fin, ya está todo a punto. Vengan o no

vengan, los detalles están listos.

—Bien, querida —asintió su marido—. Yo voy a la bodega a por las botellas de vino que pidió *monsieur* Labordière. Si viene esta noche con sus invitados, quiero tener a punto su marca y cosecha favorita... Subo enseguida, Michéle.

—Está bien —asintió ella—. Yo iré a la cocina. Antoine no viene hoy hasta las ocho, y para entonces quiero tener a punto la sopa y el estofado del día...

Henri Perrault desapareció por la angosta puerta que conducía a la bodega, y ella se encaminó al fondo de la sala, tras la cortina roja, que ocultaba el corto corredor hasta las pulcras y amplias cocinas del establecimiento.

La puerta vidriera de acceso al restaurante mostraba el rótulo con la palabra «Cerrado». Pero solamente estaban encajadas, sin pestillo, aunque una campanilla tintinearía si alguien abría esas puertas en cualquier momento.

No fue la puerta de la calle la que se abrió, momentos después de desaparecer *madame* Perrault en las cocinas. Por el contrario, fue otra la que empezó a ceder, suave y sigilosamente, en otro lugar del establecimiento, sin producir el más leve ruido.

Centímetro a centímetro, muy lentamente, la hoja de madera que separaba el restaurante de la puerta inmediata, la de acceso a una escalera de vecindad, fue cediendo, empujada por una mano enguantada.

Un rostro en sombras asomó por la rendija, comprobando cuidadosamente, antes de aventurarse más, que no hubiera nadie dentro del pintoresco restaurante parisino. Los escasos globos de luz encendidos, así lo demostraron. El intruso se decidió, empujando más. Lo suficiente para tener paso al local sin dificultades, aunque sólo utilizando una angosta abertura. Luego volvió a cerrar con sumo cuidado. Caminó silenciosamente por el corredor. Oyó ruidos abajo, a través de la entreabierta puerta de la bodega. Los ojos brillaron bajo la gorra oscura. Las manos enguantadas, alzaron la cortina roja, al llegar al fondo del local, entre dos reproducciones de carteles del Jardín de París, en 1900.

La blancura limpia y cuidada de las baldosas de la cocina destacaba allá, al fondo del corto corredor, tras la puerta abierta. De espaldas al intruso, inclinada sobre los fogones, *madame* Perrault

cuidaba los últimos detalles para la boullabaise o la soupe d'oignon de la noche.

Avanzó sigilosamente el visitante del atardecer. En su mano, asomó ahora algo que había llevado hasta entonces oculto bajo su impermeable. Era un envoltorio misterioso, en plástico negro. Cuando lo desenvolvió, la luz azul de la cocina destelló siniestramente en su filo.

Era un hacha de pequeñas dimensiones, hoja cuadrangular y sorprendentemente afilada. Podía cortar un cabello en el aire. Y la mano enguantada que la empuñaba era una mano el parecer muy diestra en su manejo.

Los ojos estaban fijos en la cocina, en la espalda de Michéle Perrault, vuelta a él, bien ajena al peligro mortal que la acechaba. Paso a paso, sin producir el menor ruido, el visitante fue aproximándose por momentos a la cocina. Se detuvo un momento en la entrada, como vacilante. *Madame* Perrault hurgaba en una perola, abstraída.

Tras esa breve indecisión, el intruso siguió adelante.

Un paso, otro, otro más... La mujer, en ese momento, se irguió, como si fuese a volverse. Eso sobresaltó por un instante al hombre. Y le hizo tropezar con uno de los muebles.

Ella comenzó a girar la cabeza, iniciando al mismo tiempo una frase con aire trivial:

—Henri, ¿ya has vuelto de la bode...?

Se quedó repentinamente petrificada, contemplando a su visitante. Le reconoció perfectamente. Ello era evidente por su gesto, primero de terror, luego de sorpresa y extrañeza.

—¡Usted! —exclamó atónita—. ¿Qué hace aquí, *monsieur*...?

El la miraba fijamente. Alzó su mano. Entonces, Michéle Perrault descubrió el hacha en la mano de su visitante. Un súbito horror la invadió, cuando descubrió la centelleante hoja de acero alzándose hacia ella.

En un fugaz instante, lo entendió todo. Absolutamente todo. Y supo lo que le esperaba en el momento inmediato.

Gritó. Era lo único que podía hacer. Gritar aguda, terriblemente, alzando al mismo tiempo sus brazos para frenar el golpe brutal, despiadado. Los ojos del hombre a quien ella reconociera con

estupor brillaban con una luz homicida, cruel e implacable.

Cayó el hacha. Su filo hendió fácilmente una muñeca de la infortunada mujer, cortándole en seco la mano, que saltó, mutilada, lejos del resto del brazo. Y de modo inexorable, el hacha fue contra la garganta de *madame* Perrault, hundiéndose en ella, de oreja a oreja, con lo que casi la decapitó, abriendo una enorme brecha que, rompiendo su nuez y sus carótidas, hizo escapar chorros violentos de sangre, que cubrieron de horrendas salpicaduras y regueros rojos la blanquísima y limpia cocina del restaurante.

Grito y vida quedaron así súbita y brutalmente corlados en el mismo momento. La desdichada mujer, con ojos desorbitados, boca convulsa, vomitando sangre a torrentes, erizados los cabellos por la muerte atroz, se fue hacia atrás, golpeando las cazuelas, que derribó con su impulso, mientras el hacha volvía a caer sobre ella, causándole otra terrible herida en el torso, aunque ya no hacía ninguna falta para terminar con su existencia.

—¡Michéle! —Se oyó la voz de su marido, lejana y llena de alarma—. ¿Qué te ocurre?

Sonaron botellas, rompiéndose al caer, sin duda mientras el buen Perrault trataba desesperadamente de abandonar la bodega y subir al restaurante para indagar las causas del breve y angustioso grito de su mujer.

El agresor obró con rapidez. Se apartó del cuerpo agonizante, que contemplaba con obsesiva, enfermiza fijeza, y envolvió el hacha en el plástico negro, clavando sus ojos luego en una amplia ventana, abierta sobre los fogones, a un patio interior.

No vaciló. En vez de buscar una difícil evasión por el mismo camino utilizado al entrar, ya que se oían ahora los pesados pasos de Perrault en las escaleras de la bodega, resolvió usar ese nuevo medio. Y saltando por encima de su víctima, de los charcos de sangre copiosa, de la comida volcada y de los propios hornillos, alcanzó aquella fácil salida, hallándose pronto en el patio, que cruzó a toda velocidad, en busca de una salida.

Estaba empezando a gotear la lluvia, con lentitud, cuando sus pasos se perdieron en la oscuridad, allá al fondo del patio.

Unos instantes después, Henri Perrault hacía su entrada en la cocina y, con expresión despavorida, contemplaba el cuerpo de su esposa, ya sin vida, tendido sobre aquel dantesco espectáculo de

sangre y horror.

—¡Michéle! —clamó—. ¡Oh, no, Dios mío, no...!

Se precipitó sobre ella, desesperado, tratando en vano de auxiliarla. Nadie podía hacer ya nada por ella.

Tardó algún tiempo en reaccionar de otro modo más práctico. El tiempo suficiente para que el asesino dispusiera de él para su propia ventaja, en aquella carrera contra el reloj. Pero nadie hubiese podido culpar por ello al bueno del hostelero Perrault, dada la trágica situación a que de súbito se veía encarado.

—El asesino... —jadeó, lívido, demudado, empezando a razonar torpemente—. Ese maldito asesino loco... El Carnicero de Montmartre... ¡El lo hizo!

Y se precipitó hacia los fogones, pisando involuntariamente los regueros de sangre de las heridas de su mujer, para contemplar, impotente, la oscura noche que se iniciaba, y en la que la llovizna incipiente comenzaba a hacer brillar va el suelo del patio desierto.

Miró a uno y otro lado, sin ver nada. Desesperado, chilló:

—¡Socorro! ¡Ayúdenme, por el amor de Dios! ¡Han asesinado a mi esposa! ¡Han matado a Michéle! ¡El ase sino debe estar cerca aún!

Y él mismo, con rapidez, se precipitó luego al teléfono, marcando el número de la policía con excitación, informando con voz rota, dejando caer luego el auricular y precipitándose al restaurante, a la calle, vociferando, pidiendo ayuda, clamando por el horrible crimen presenciado, y del que era víctima su propia mujer en esta ocasión...

Vecinos, transeúntes, todos se detenían, sobrecogidos ante su dolor y desesperación. Luego fueron llegando los gendarmes.

La lluvia proseguía, tímidamente aún. Tardó unos diez minutos o más en incrementar, hasta convertirse en un persistente aguacero, precursor de otros mayores.

* * *

—¿Es cierto, Leclerc?

—Si, *monsieur* Doré —asintió, sombrío, el gendarme—. Cierto y bien cierto, por desgracia. La pobre *madame* Perrault... Una mujer buena y amable...

—¿De nuevo El Carnicero? —preguntó Paul, muy pálido, dirigiendo una involuntaria mirada de reojo a la casa de los Issard.

—Se supone que sí —resopló el gendarme, meneando la cabeza, y contemplando cómo sus colegas de la Súreté, junto a agentes de Homicidios, deambulaban por el restaurante, o bloqueaban el acceso a los curiosos, bajo un aguacero torrencial—. Ha sido idéntico en todos los detalles: el hacha, como arma de ataque, sin duda alguna, dadas las heridas. Y hasta la hora es similar al último asesinato...

—Y la lluvia —comentó sordamente Paul.

—¿Eh? —se sorprendió el gendarme, mirando al periodista con extrañeza—. ¿Decía usted algo?

—No, nada —suspiró Doré—. Siga, por favor. ¿Alguien ha visto algo?

—Me temo que no. El pobre Perrault está como loco. Y hay motivos para ello... Pobre *madame*... Es inconcebible que llegara a suceder esto, *monsieur* Doré.

—Pero ha sucedido... Una vez más, amigo Leclerc —musitó el joven reportero, pasando junto al gendarme e internándose en el restaurante, para ver lo que había quedado de la tragedia sangrienta de aquel atardecer presagiando lluvia. Se identificó ante los agentes, y poco después se reunía con el comisario Prejean, más ceñudo y huraño que nunca, en la cocina salpicada de sangre por doquier.

Un blanco mantel cubría totalmente el cuerpo de la víctima. Doré alzó una punta de la tela y examinó, con un escalofrío, el resultado del feroz ataque a la nueva víctima.

—Es horrible... —murmuró, volviendo a cubrirla—. Pobre señora Perrault... Pensar que esta misma tarde me atendió en el almuerzo y ahora...

La mirada triste y preocupada del comisario Prejean se encontró con la de su joven amigo periodista. Tuvo un leve encogimiento de hombros.

—El forense dice que son heridas de hacha. Por tanto, no hay dudas: nuestro Carnicero volvió a hacer de las suyas. Es enloquecedor. Cuando Perrault dio la alarma, nadie pudo hallar su rastro. Se volatilizó en el aire, materialmente. No le vieron entrar ni salir. Pero hay quien asegura que oyó pisadas en el patio y el golpe de una puerta, en la vecina tienda de comestibles, en la trastienda,

cuando la tienda estaba cerrada. Hemos mirado allí y, efectivamente, alguien forzó desde dentro un acceso a la puerta de la casa de vecinos inmediata, desapareciendo luego sin dejar rastro.

—El asesino se conoce muy bien esta vecindad —señaló Doré, pensativo.

—Ya lo demostró otras veces. Tiene que ser un vecino de Montmartre, no un extraño.

—Yo diría que es un vecino muy próximo a esta calle —dijo secamente el periodista, con la mirada vagando sobre las manchas de sangre de las baldosas.

—¿Qué quiere decir? —indagó Prejean, volviéndose a él con sobresalto.

—Es sólo una observación, comisario —meneó la cabeza—. ¿Llovía cuando mataron a *madame* Perrault?

—No. Comenzó por entonces. El señor Perrault lo recuerda vagamente.

—Ya.

—Está usted muy misterioso, mi joven amigo —observó agudamente el policía, aproximándose a él con aire cachazudo—. ¿Qué me está ocultando?

—Nada que no sepa en breve, comisario. La doctora Renard nos ha ganado el primer *round*, es indudable. Ella tenía razón.

—¿Razón en qué?

—En algo que me dijo. Aseguró que los crímenes se producían siempre antes de llover.

—¿Eso dijo? —El comisario Prejean enarcó las cejas. Se frotó el mentón—. Pues es cierto. Sólo que cuando mataron a Charlotte, la prostituta, ya había llovido.

—Pero amainó horas antes de morir ella. Y volvió a llover inmediatamente después. Lo comprobé en el Servicio Meteorológico esta misma tarde.

—Vaya... ¿Cree usted en las teorías de la doctora? —Se irritó Prejean.

—Sólo traté de confirmar una idea suya, y resultó. Esto de hoy lo confirma más aún, comisario. Me temo que tendremos el primer fracaso. Nos gana ya terreno, sin necesidad de investigar en el escenario de los hechos.

—Psiquiatría... —refunfuñó Prejean con disgusto—. No creo en

esos métodos, Doré. De acuerdo en que acertó un detalle, pero eso no significa que pueda bailar al asesino antes que la policía.

—Quizá... Comisario, voy a visitar a un amigo. Luego escribiré una crónica de alcance sobre este suceso, para la próxima edición. ¿Algo interesante que añadir a lo que ya sé?

—No, me temo que no. He ordenado una búsqueda intensiva. Vamos a batir todo Montmartre como nunca lo hicimos antes, pero... me temo que no saquemos mucho en limpio, amigo mío. Eso es lo más desesperante de todo.

Paul no dijo nada. Se encaminó a la salida del establecimiento. Pisó la acera, atravesando la barrera de gendarmes y curiosos. Se detuvo ante la casa de los Issard. La carnicería aparecía cerrada. Aquel sábado por la tarde ya no se trabajaba virtualmente en la ciudad. Pero alguien sí seguía su feroz y brutal trabajo: el asesino de Montmartre...

Se decidió. Avanzó, resuelto, hacia la puerta de los Issard. Observó que estaba entreabierta. La empujó. Dentro, la señora Issard hablaba con unas vecinas. El niño veía la televisión, como siempre. Los ojos de Doré descubrieron la cerrada puerta de la habitación del fondo.

—Oh, ¿es usted, *monsieur* Doré? —se sorprendió la mujer del carnicero—. Pase, pase, por favor. ¿Ha venido por lo de la infortunada Michéle? Ha sido horrible... Y ahí enfrente de nuestra propia casa, sólo a unos pasos de distancia...

—Sí, horrible —asintió Paul con forzada cortesía—. ¿No vieron ustedes nada?

—No, nada. Ni oímos nada. Con ese televisor siempre conectado... Además, ¿quién podía pensar en algo así? No creo que hubiéramos captado cosa alguna, ni siquiera en total silencio... Dicen que el pobre señor Perrault sólo oyó el grito de su esposa cuando fue atacada en la cocina...

—Sí, eso parece cierto. Y bien cierto, por desgracia... —Paul miró al interior—. ¿Puedo hablar con su esposo un momento?

—Oh, él no sabe nada de nada. Estaba acostado cuando ocurrió. Una de sus jaquecas, ya sabe...

—Sí, ya sé. De todos modos, me gustaría hablar con él. Puedo mencionar su negocio en mi periódico. Podría ser una buena publicidad. Vamos a presentar una serie de vecinos entrevistados en

exclusiva...

—Bueno, si él quiere... —Los ojos de la señora Issard brillaron—. Es una cosa interesante, creo yo. Sí, estaría bien... Pase. Creo que se ha levantado ya...

Era cierto.

Lucien Issard se había levantado ya. Estaba aseándose ante el espejo de un armario, con los cabellos mojados. Pero olían a agua de colonia, no a lluvia. Sin embargo, era posible que estuvieran mojados por esta última y la colonia fuese solamente un engaño. No era posible saberlo.

—Hola —saludó Doré, asomando a la habitación.

—¡*Monsieur* Doré, qué gran sorpresa! —Issard parecía realmente cordial y amable, sin sobresalto en su voz—. Perdone que le reciba así. Estuve descansando y...

—Lo sé, lo sé. Su esposa me lo dijo. Solamente venía a hacerle unas preguntas para mi periódico. Se ha cometido un crimen en la vecindad y siempre será interesante conocer la opinión de los vecinos...

—Un crimen... —Bajó los ojos, desolado, dejando de peinarse. Asintió con gesto taciturno—. Sí, lo he oído decir a mi hijo, a los vecinos... Todo ese jaleo me despertó. Tenía jaqueca, ¿sabe? Ha sido horrible. Pobre señora Perrault... Siempre tan amable con todos...

Doré asentía, mirándole sin pestañear. Nada revelaba, en el gesto de Issard, la menor preocupación o temor, ni tan siquiera inquietud o recelo. Era un hombre completamente normal, hablando de algo que no llegaba a causarle trauma alguno.

Los ojos de Doré recorrieron, disimuladamente, la estancia. En la percha vio el impermeable seco, la gorra sin señales de humedad. Todo normal, todo correcto.

El lecho estaba revuelto, con la huella del cuerpo de Issard. La ventana cerrada. Llovía aún fuera. El joven periodista suspiró, moviendo la cabeza. El ruido del televisor, a su espalda, era infernal. Tenía que hacer algunas preguntas a Issard, aunque fuese para cubrir las apariencias.

Lo irritante era que no había evidencia alguna. Aparentemente, él había estado allí toda la tarde. Era posible que no fuese así, pero no podía demostrarlo aunque lo sospechara. Le horrorizó la idea de

que, tal vez, en estos momentos el carnicero no recordase nada, si era realmente culpable, y para él aquel crimen fuese algo ajeno y distante, que en nada le afectaba. Doré se dispuso a hacer sus preguntas, mientras Issard salía al comedor y, con un gruñido malhumorado, giraba el botón del televisor para reducir el sonido. Su hijo le miró con disgusto, pero no dijo nada, y siguió con la mirada fija en la pequeña pantalla que parecía hipnotizarle.

De repente, los ojos de Doré se clavaron en la puerta de la casa. Casi dio un respingo. Allí estaba ella otra vez.

La doctora Renard. Fría, inmóvil. Junto a las mujeres que charlaban. Contemplando el interior de la casa. Mirándole a él, a través de sus gafas. A él... y a Lucien Issard.

Éste se tropezó con la mirada de ella un instante. Doré observó al carnicero de reojo. Lo vio alterarse. Una contracción muscular en el pómulo, un leve tic brusco, y luego la inmovilidad total.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó roncamente Issard.

Doré fingió no haber notado la presencia de nadie. Giró la cabeza, preguntando con tono indiferente:

—¿Quién?

Ya no había rastro de la doctora Renard. No estaba allí. Issard no le respondió. En vez de eso, se encaminó a la puerta de la casa. Se abrió paso entre su esposa y las vecinas. Asomó a la calle. No la vio por parte alguna. Se volvió, ligeramente ceñudo. Doré no le perdía de vista. Le notó preocupado.

—La he visto varias veces —dijo Issard entre dientes—. No sé quién es. Pero no me gusta su modo de mirarme, *monsieur* Doré.

—Yo no vi a nadie —manifestó éste, aparentando desinterés.

—Yo sí —fue la tría réplica del carnicero.

No añadió más. Doré tuvo que hacer un esfuerzo para recordar a lo que había ido allí en apariencia, y comenzó a formular a Issard unas preguntas triviales.

Pero mientras las hacía, no podía dejar de pensar en ella, en la doctora Renard. ¿Qué esperaba obtener vigilando a Issard? Era un juego demasiado peligroso.

Porque lo peor es que estaba advirtiendo claramente que el carnicero le respondía como distante, ajeno a sus preguntas. Pensando sin duda en ella también.

Pero si Issard era el asesino, los pensamientos sobre la misteriosa

mujer que para él era la doctora Renard no debían ser parecidos a los de él.

CAPÍTULO VI

Sólo quedaban dos gendarmes de guardia en la puerta del restaurante cuando Paul Doré abandonó la vivienda de los Issard. Un tercer gendarme, Leclerc, se despedía ya de ellos, emprendiendo la marcha calle arriba. Se volvió al ver a Doré.

—¿Va usted al periódico, *monsieur*? —preguntó afablemente.

—No. Voy a casa. Más tarde iré a la redacción —dijo Doré, pensativo.

—Entonces llevamos el mismo camino —miró Leclerc al cielo nuboso y rojizo—. Me temo que va a seguir lloviendo durante toda la noche.

—Sí, eso parece —caminaron juntos, el uno al lado del otro. Tras un silencio, Doré hizo una pregunta—. ¿Ha visto al comisario Prejean?

—Sí. Se fue hace poco. No parecía de muy buen humor.

—Tiene razones para ello. El asesino se nos escapa como una anguila en el agua. Ese maldito loco va a terminar por convertir Montmartre en una jungla sangrienta.

—Es horrible, si. En todos los años que llevo en este trabajo, nunca había conocido nada semejante... —Se detuvieron un momento cuando Leclerc señaló un edificio de modestas viviendas—. ¿Quiere subir un momento, *monsieur*? Mi esposa está fuera de París este fin de semana, con unos parientes. Puedo ofrecerle un cognac para que se entonen sus nervios. No le entretendré, palabra.

—Gracias, Leclerc —sonrió Doré, incapaz de despreciar la amable invitación del veterano gendarme—. Acepto ese cognac. Pero sólo un momento.

—Claro —asintió el policía—. Ya comprendo que tendrá mucho trabajo esta noche. Suba. Es el primer piso. No necesitaremos el

ascensor.

Subieron por la vieja escalera que circundaba la jaula de hierro del pesado y antiguo ascensor. En la primera planta, Leclerc sacó su llave y se dispuso a abrir una puerta. Se detuvo, sorprendido, cuando al intentar introducirla, la hoja de madera chirrió, entreabriéndose.

—Vaya... —Mostró su extrañeza claramente—. ¿Abierta? Yo nunca la dejo así...

—Mire —señaló Doré—. Hay luz dentro. Tal vez volvió su mujer...

—¿Ella? No, no lo creo. Al menos no regresará hasta el lunes. Está en Barbizón con su hermana enferma...

—Entonces, es evidente que usted se distrajo y dejó así la casa —sonrió Doré.

El gendarme dudó, sacudiendo la cabeza. Empujó del todo la puerta, y se hizo a un lado, invitando a Doré a entrar con él. El corredor estaba iluminado. El fondo de la casa también. El periodista alzó una mano y tocó la lámpara.

—Hace mucho tiempo que está encendida —señaló—. La lámpara quema...

—Yo salí por la mañana —dijo—. Nunca enciendo las luces de día. No lo entiendo...

Estaban llegando al fondo, a un amplio salón comedor, con mesa redonda, muebles tradicionales y aire pulcro y modesto. Un televisor estaba abierto, pero sin sonido, solamente con la imagen en la pantalla.

Leclerc se había quedado rígido, petrificado, mortalmente pálido, pegado al muro. Solamente, atinó a balbucear unas palabras roncadas, incoherentes:

—No... Cielos, no puede ser... Esto no... Dios mío... Lisette... No... tú no...

Fija su mirada en el suelo, Paul Doré sintió, que se le erizaban los cabellos. Sus ojos recorrieron la estancia, desde la ventana abierta, que asomaba a un patio y por la que entraba algo de lluvia, hasta el cuerpo tendido frente al televisor, junto a una maleta volcada, un sombrero femenino y unos guantes.

Allí estaba la que, sin duda, era la señora Leclerc. O lo había sido en vida. Un hachazo había abierto su cabeza en dos mitades,

separadas en medio de un baño de sangre, mostrando la masa encefálica entre esquirlas de hueso. El hacha, pequeña y cuadrangular, adecuada para trocear carne, yacía sobre su desabotonado abrigo, empapada de rojo oscuro.

Había bastado un solo golpe para acabar con la vida de la infortunada. Pero el asesino, no contento con eso, le había asestado un segundo hachazo, totalmente inútil ya, en los pechos. Sus ropas aparecían acartonadas y oscuras, a causa de la tremenda hemorragia. La expresión de aquel rostro partido en dos era espeluznante.

Leclerc se derrumbó en un asiento, temblando como un niño. Estaba blanco como el papel, los ojos desorbitados, la boca seca, crispada.

—Esta noche... fueron dos las víctimas —musitó Doré, con voz sorda—. Lo siento. Evidentemente, su mujer regresó antes de tiempo, Leclerc..., por desgracia para ella. No se mueva. Llamaré yo mismo a la policía.

Era un contrasentido, porque Leclerc era la policía. Pero ahora ya no era ni siquiera eso. Solamente la imagen de un marido roto, destrozado, aniquilado brutalmente por la visión de un crimen espantoso e insospechado. Un hombre incapaz de reacción normal alguna.

Descolgó el viejo y negro teléfono, y marcó el número de Prefectura. Después de todo, era ya lo único que podía hacer...

* * *

El comisario Prejean se volvió con lentitud tras hablar por teléfono. Miró extraviado al gendarme Leclerc, aún rígido y como petrificado, en un extremo de la habitación. Luego estudió el bulto que formaba el cuerpo sin vida de la infortunada señora Leclerc.

—Ya está confirmado —dijo sordamente—. Su esposa estuvo solamente ayer en casa de su hermana, en Barbizón. Regresó ayer mismo.

—No es posible... —jadeó apagadamente el gendarme—. Esta mañana, cuando salí de casa, ella no estaba aquí...

—No sé lo que haría entretanto, pero anoche ya estaba ella en París, Leclerc —insistió el comisario—. ¿Tiene otros parientes en la

ciudad?

—No, nadie más.

—Entonces fue a alguna parte o demoró su viaje, pero no permaneció junto a su hermana. ¿Estaban ustedes reñidos tal vez?

—No, no. A veces sí hemos peleado. Y ella se iba entonces a Barbizón. Pero nunca fue nada serio. Ni ella faltó en casa... No puedo entenderlo.

—Yo tampoco —suspiró el comisario, frotándose el mentón—. Pero ocurrió así, Leclerc. Y para desgracia de ella, regresó esta noche, cuando usted estaba fuera. Ignoro si el asesino la eligió intencionadamente, o se tropezó con ella cuando deambulaba por esos patios, sabe Dios por qué motivos ocultos. Pero lo cierto es que utilizó esa ventana para entrar, y mató a su esposa. Ya llovía entonces, aunque no mucho. Hay huellas de las pisadas de unos chanclos, en la ventana y el comedor. Dejaron algo de barrillo en la alfombra y en la juntura de las baldosas.

Leclerc no comentó nada, no movió un músculo. Parecía ausente, como si hubiera recibido un mazazo que le privase de toda reacción. Prejean salió al pasillo, seguido de Paul Doré. Un gendarme guardaba la puerta del piso. Los dos hombres entraron en la cocina, también pulcra, aunque vieja y sin otro lujo que un pequeño frigorífico.

—Ese pobre diablo está anonadado —gruñó Prejean, ante el asentimiento de Doré—. Y lo malo es que ignora aún la verdad completa...

—¿Usted la sabe, comisario?

—Claro. Su mujer era muy joven y muy atractiva. Las visitas a esa hermana eran pretextos las más de las veces. Como este fin de semana. Engañaba a su marido.

—Vaya —suspiró Doré—. ¿El no lo sospechó nunca?

—Eso parece. Siempre por ahí patrullando... Ella tenía enredos. Lo he sabido por su hermana, no por los vecinos. Guardaba bien las apariencias, ¿sabe? Pero Lisette Leclerc era así, y así había que aceptarla... La hermana lo sabía, aunque jamás dijo nada, e incluso procuraba encubrirla ante su marido. Ella opina que Leclerc no se merecía eso. Es un buen hombre y un marido demasiado bueno y complaciente. Esto ha sido un golpe terrible para él, pero será mejor que no sepa la verdad. Lo cierto es que si ella hubiera permanecido

con su hermana en lugar de volver anoche a París para verse con algún amante, y luego regresar aquí, fingiendo que adelantaba su retorno para estar junto a su maridito, ahora seguiría con vida. En su propia traición estaba su castigo. Pero eso no me basta. Ese maldito asesino, ese loco del hacha, tiene que ser hallado. Esto lo rebasa ya todo, Paul.

—Lo sé. Sin embargo, seguimos igual: usted no puede arrestar a nadie. Yo no puedo acusar a nadie. Tengo sospechas, pero eso no basta.

—También la doctora Renard las tiene —asintió Prejean, ceñudo—. Me ha telefoneado a Prefectura esta noche. Dijo que está segura de quién es el asesino. Sólo tiene que acorralarle y obligarle a que él mismo confiese o se delate.

—Maldita sea, ya lo sé —gruñó Doré—. Esa mujer juega con fuego. Tiene las mismas sospechas que yo. Está tan segura como yo, comisario. Pero ella actúa de otro mudo. Se deja notar. Intenta poner nervioso al asesino. Y me temo que lo está logrando...

—Un momento —el comisario miró con dura expresión a su interlocutor—. Doré, ¿quién es esa persona de quien ustedes dos sospechan?

—No sé si debo decírselo, comisario. Es sólo eso: sospechas. No puede hacerse nada contra él. No hay evidencia alguna...

—Imagino que se refiere a Lucien Issard, el carnicero. ¿Cierto?

—Muy cierto —afirmó de mala gana Doré—. ¿También usted sospecha?

—¿Cree que soy imbécil? Conozco sus pasos. Y los de la doctora. Les han visto mis hombres en torno a la carnicería de los Issard varias veces. Sé que ese hombre es fuerte, vigoroso y muy estimado en el barrio. Puede que sea el asesino, o puede que no. He hecho instalar vigilancia en torno a su casa. Y desde esta misma noche, en el patio posterior de su vivienda. Espero lograr algo así. Si es él, y lo intenta de nuevo, está perdido. Caerá irremisiblemente. Pero de momento, como usted dice, pese a toda esta matanza que está llevando a cabo, no podemos hacer nada. Supongo que un registro en su casa sería inútil. Puede tener todas las hachas que quiera, sin que eso signifique nada.

—Estamos de acuerdo. Yo estuve, además, en su casa. En su propio dormitorio. Todo aparecía normal. No hay nada a que asirse,

estoy seguro, comisario. Nada aún...

—Es indignante. Cuando se ven escenas como éstas de hoy, siento que pierdo la calma. Pero tenemos que esperar aún. Sé que voy a recibir palos por todas partes, pero no puedo hacer otra cosa, lamentablemente. Usted tampoco debe abusar demasiado de su trato con Issard. Si él recela algo, no llegaremos a ninguna parte. Estará en guardia y no se dejará coger fácilmente.

—No tema, comisario. No haré nada. Me limitaré a ser lo que siempre he sido: un buen vecino. Pero pienso como usted. Estos crímenes empiezan a hacerme perder la calma. Ciertamente que el asesino es un psicópata, un loco. Pero también se puede llegar a sentir más odio que piedad por un loco, diga lo que diga la doctora Renard...

* * *

André levantó sus ojos turbios del acordeón con el que evocaba viejos tiempos, desgranando de vez en cuando las notas de *Au bord de l'eau*,

Sous les toits de Paris o *La vie en rose*, allá en aquella esquina de la vieja callejuela próxima al bulevar, exactamente junto a la rue Montyon y Faubourg Montmartre.

—Perdone... —murmuró con voz tenue—. Temo no haberla entendido, señora...

Ella se inclinó más aún. Deslizó entre los dedos del músico callejero un billete crujiente. El invidente lo palpó. Debíó comprender que era de cien francos, porque se irguió, con un respingo, al tiempo que ella murmuraba:

—Le hice una pregunta fácil. Usted toca siempre en estos lugares durante las noches, ¿no es cierto?

—Cuando no llueve, así es. Si hace mal tiempo, me meto en los bares y tabernas. ¿Por qué me ha dado tanto dinero? ¿Qué quiere escuchar? Sé muchas canciones y...

—No son sus canciones las que me interesan ahora. Deseo una respuesta. Sólo eso.

—Una respuesta... ¿A qué, señora? Yo soy ciego. No sé nada. No veo nada.

—A veces, hay órganos más sensibles que la vista, y usted lo

sabe. Tiene su oído, por ejemplo... ¿Estuvo aquí el sábado noche todo el tiempo? ¿Justamente aquí?

—Sí, aquí... hasta que comenzó a llover —admitió André, intrigado—. ¿Qué es, exactamente, lo que espera que yo pueda decirle, señora?

La doctora Renard miró a uno y otro lado de la calle. Luego hizo una pregunta escueta, precisa:

—Usted tuvo que oír a alguien pasar a su lado en la noche del sábado, justo antes de empezar a llover, o quizá unos momentos más tarde. Digamos que entre el momento de un fuerte trueno, y las primeras gotas de lluvia, y el instante en que se materializó el chaparrón.

—¿Cómo lo sabe, señora?

—¿Saber? —Los ojos de la doctora brillaron tras los vidrios de sus gafas—. No es difícil, amigo. Aquí hay un pasaje, el Montyon, que conduce a los patios interiores de esos edificios vecinos. Usted tuvo que oír las pisadas de un hombre solo, presuroso sin duda. ¿Fue así?

—Sí —admitió André, recordando la generosa propina de aquella dama—. Incluso me rozó al pasar. Iba muy deprisa. Y respiraba con fuerza, como cansado. Tal vez había corrido.

—Y entró en el pasaje.

—Eso es. Entró en el pasaje. Le oí alejarse por él. ¿Adónde va a parar?

—A ninguna parte —suspiró la doctora—. Es un experimento, sólo eso. Soy médico. Doctora Renard, del Hospital de Saint-Antoine. Me han dicho que usted es un hombre que conoce bien a la vecindad, pese a ser invidente. ¿Es cierto?

—Muy cierto, sí. El oído y el olfato me ayudan mucho.

—Entonces... quizá conoció usted al hombre que venía deprisa, al que entró en el pasaje...

—Sí —afirmó André—. Le conocía.

La doctora se puso rígida. Era, justamente, lo que había esperado oír. Aun así, sentía una rara y turbadora emoción. Estaba a punto de penetrar en el oscuro misterio. A punto de llegar a la prevista verdad. Hasta entonces, eran sólo teorías y suposiciones. Ésta sería la confirmación de todo.

—Bien —dijo con voz serena—. ¿Quién es?

André, el ciego, se lo dijo sin rodeos, con la sencillez de quien no ve nada especial en revelar lo que sabe:

—Era el señor Issard, el carnicero.

—¿No hay duda posible? —La doctora notaba una rara sequedad de boca.

—Ninguna —declaró ingenuamente el ciego. Comenzó a tocar el acordeón las notas de Pigalle. Sonrió luego, y añadió—: Ninguna, señora. Se lo aseguro. Era él. ¿Es que ha hecho algo malo?

—No lo sé aún. Por si acaso, no le diga nunca nada de esto. Es un secreto entre usted y yo, André. Gracias por todo.

Y una moneda tintineó en su plato, mientras él seguía tocando. La dama se alejó con breve taconeo. André no dejó de pulsar el acordeón, con el aire apacible y distante de siempre, junto al estrecho pasaje que, entre dos edificios, conducía a los patios interiores de dos edificios. Uno de ellos el que correspondía a la carnicería de los Issard, por supuesto, aunque en la parte trasera del edificio.

* * *

Lucien Issard descargó el hacha sobre la pieza de carne. Ésta quedó limpiamente hendida, roja y sangrante, como el mármol impoluto de la tienda. Luego, pieza a pieza, puso las costillas en un papel encerado, y cuando alcanzaron el peso, las entregó a la cliente.

Ésta pagó, abandonando el establecimiento. La señora Issard, al fondo de la tienda, se ocupaba en ordenar otras piezas de carne en el frigorífico.

—Es un lunes muy flojo —comentó Issard, mirando pensativo a la calle.

—Sí ya lo he notado —asintió su mujer—. El fin de semana ha debido influir. Esos horribles sucesos... Es un día triste en el vecindario, no hace falta ser muy listo para notarlo, Lucien. Y menos mal que no llueve... e incluso hay sol.

Su marido asintió, siempre la mirada fija en el soleado exterior. Luego se dispuso a quitarse el delantal, dejando a su mujer en el establecimiento.

Entonces vio a la mujer.

Estaba en el umbral de la tienda. Iba a entrar ahora.

La misma mujer. Issard palideció ligeramente. Sus ojos se entornaron, fijos en las gafas de montura moderna, en la mirada penetrante, en la bella figura y atractivo rostro. Su mano se crispó sobre el mármol del mostrador.

—¿Qué busca aquí? —preguntó con rara agresividad.

Su mujer giró la cabeza, sorprendida por su tono. Tranquila, sin inmutarse lo más mínimo, la doctora Renard caminó hacia el mostrador. Sonrió.

—¡Carne, naturalmente! —dijo—. Deseo unos buenos filetes. No importa el precio, pero que sean de lo mejor.

Issard apretó los labios. Se frotó la frente. Estaba sudorosa. Tras una vacilación, murmuró con tono de disculpa:

—Está bien. Perdone, señora. Creí que era alguna vendedora. Siempre nos están agobiando con ofertas y cosas así...

—Entiendo —dijo apaciblemente la doctora, ya ante el mostrador, mirando fija al carnicero, con aire de total inocencia—. No tiene por qué disculparse...

—Le daré lo mejor que tengo —dijo, tomando con nerviosismo una pieza de carne selecta. Observó, de soslayo, que su mujer había vuelto a su tarea, y respiró hondo, mirando a la cliente—. ¿Cuánta cantidad?

—Medio kilo —dijo Line Renard calmamente.

Observó cómo cortaba las piezas con un fino cuchillo. Su mirada se deslizó al hacha, situada no lejos del carnicero. Éste había dejado de mirarla, como si le inquietara contemplar los ojos de su cliente.

—Hace un buen día —comentó.

—Sí... —asintió Issard, cortando la carne—. Muy bueno.

—No parece que vaya a llover otra vez.

—No, no lo parece.

—El sábado sí llovió fuerte —hizo notar la doctora—. Y los días anteriores. Todos los días en que mataron a alguien.

¿Era imaginación suya, o el cuchillo se deslizó, cortando mal un filete? Issard resopló, mirando el peso en la báscula.

—Ya era hora de que cambiase el tiempo —el comentario de Issard fue trivial y evasivo.

—En efecto —asintió ella—. No me gusta la lluvia. Deprime mucho. Incluso hay personas a quienes afecta seriamente. Muy

seriamente.

—Ya está. Medio kilo —volvió a evadirse Issard, aparentemente incómodo. Envolvió la carne y la entregó a la doctora, indicándole el precio.

Pagó ella. Y remachó su comentario, sin quitar en ningún momento sus agudos ojos del rostro del carnicero:

—Gracias. Ha sido muy amable. Otro día vendré a por costillas. Supongo que para cortarlas usa ese hacha, ¿verdad? —señaló la pequeña hacha cuadrangular, de bruñida hoja afilada.

Issard pestañeó. Sus labios temblaron ligeramente. Estaba pálido.

—Claro —dijo secamente—. ¿A qué viene tanta pregunta ridícula? El hacha está para eso, señora.

—No se enfade —sonrió dulcemente Line Renard, camino de la salida—. Era sólo eso: una pregunta... Una simple pregunta, *monsieur* Issard. No tiene porqué ponerse así. Después de todo, ¿qué otra cosa podría significar mi interés por un hacha de carnicero?

Y con su extraña, fría sonrisa, la doctora abandonó la carnicería.

Lucien Issard, con mirada turbia, la vio salir. Luego, furioso, crispado, clavó sus ojos en el hacha de cortar carne. La aferró con fuerza y la hincó, con poderoso impulso, en la madera destinada al corte de las piezas.

Su mujer, sorprendida, se volvió de nuevo. Contempló el hacha. Miró a su marido.

—Lucien, ¿qué te ocurre? —quiso saber.

—Nada —masculló él, quitándose el delantal con brusquedad—. Estoy nervioso. Creo que iré a dar un paseo por ahí.

Y abandonó también la carnicería, ante la expresión sorprendida de su mujer.

CAPÍTULO VII

—Doctora, está usted metida en un juego peligroso. ¿Va a dejarlo de una vez o no?

—Comisario Prejean, creo que tengo plena libertad para comprar carne, si así me lo parece.

—Sabe usted muy bien a lo que me refiero. Mis hombres la han visto merodear la carnicería de Issard. Ha comprado allí. Poco después, el carnicero ha salido de la tienda, sumamente nervioso al parecer. ¿Qué está buscando? ¿Ser usted la víctima número cinco de ese psicópata?

—¿Es que ya van a arrestarle? ¿Tienen pruebas contra él? —sonrió irónica la doctora.

—No, no las tenemos. Por eso vigilamos, a la espera de un error suyo. Pero si usted lo provoca, ese error es posible que lo cometa antes de tiempo... a costa de su propia vida, doctora Renard.

—Le dije que haría las cosas a mi modo. Yo no le acuso de nada. Sencillamente, estudio a ese hombre. Es mi paciente, en cierto modo.

—¿Cree de veras que es un psicópata peligroso?

—Más que eso. Lo sé. Y ustedes también.

El comisario Prejean no hizo ningún comentario. Paul Doré, presente en la reunión, se limitó a encogerse de hombros y manifestar con voz grave:

—No podemos estar seguros de nada. Todavía no. Todo acusa a Issard, es cierto. Pero una acusación formal necesita evidencias más concretas. O se nos iría definitivamente de las manos. Si un tribunal llegara a absolverle, ya nunca más podríamos volver a juzgarle por el mismo delito. Esto no es una carrera deportiva, doctora, aunque usted lo haya tomado así. Se trata de acabar con una amenaza

pública, no de demostrar que uno de nosotros es más listo que los otros.

—Yo tengo ya una evidencia que ustedes no buscaron —declaró con orgullo la psiquiatra—. Pero eso no basta. Como ustedes dicen, hace falta más para asegurarnos de que ese hombre es recluido, como anormal que es. Un error suyo... o una confesión.

—No confesaré. Ni siquiera sabe, quizá, que él sea culpable.

—Lo sabe.

Prejean alzó la boca. Doré enarcó las cejas. Ambos miraron a la doctora.

—¿Por qué está tan segura? —Gruñó el policía.

—Lo estoy, y eso basta. Su especialidad, comisario, es tratar criminales. La mía, tratar enfermos mentales. Ese hombre es ambas cosas. Pero yo he descubierto en él indicios de que, aunque se resiste a admitirlo, sabe que él mató a esas mujeres. Sufre una confusión total, no está seguro de nada, pero una parte de su subconsciente se revela a veces, cuando se siente bajo una fuerte tensión. Entonces sí está seguro de que debe ser cauteloso. Y tiene miedo de ser descubierto. Es un complejo caso el de ese desdichado.

—Más desdichadas fueron las mujeres que él mató.

—Quizá. Pero Lucien Issard es un pobre enfermo. Horas antes de llover, empieza a sentir la crisis en su mente. Y actúa como le dicta su otra personalidad, confundida con la suya propia muchas veces.

—Ahora no llueve. Ni hay trazas de ello. Deberemos esperar si queremos resolver algo. Pero tal vez a costa de otra vida...

—Esperaremos —aseguró ella con serenidad—. Un médico nunca tiene prisa.

—Un policía sí. ¿Va a seguir molestando a nuestro hombre, doctora?

—No me acercaré a él, si a eso se refiere. No le hablaré. Pero nadie puede impedirme que deambule por Montmartre o por cualquier otro sitio, comisario.

—Está bien —refunfuñó el policía—. Haga lo que quiera. Allá usted, doctora... Pero no me gustaría que fuese la quinta víctima del Carnicero de Montmartre pese a que no me caiga usted demasiado bien...

Ella sonrió, mientras Doré reía entre dientes. Volvió la mirada hacia el periodista, con cierto disgusto.

—No teman. No trato de suicidarme. Sólo de llegar a la verdad completa antes que ustedes. ¿Tanto le escuece que yo le lleve delantera, señor periodista?

Y salió con paso airado del despacho del comisario Prejean. Una vez solos, éste y el reportero se miraron en silencio. El policía meneó la cabeza.

—¡Qué mujer! —Gruñó—. Y luego andan pidiendo igualdad de derechos... Tendremos que ser nosotros quienes los pidamos, no tardando mucho, Doré.

—Por fortuna, no todas las mujeres son como la doctora Renard —rió Paul—. De todos modos... es muy bonita, ¿se ha dado cuenta?

—Sí. Aun a mis años, no acostumbro a pasar por alto esas cosas. Pero pobre del hombre que se fije en ella y llegue a ser su marido...

—Yo me ofrecería a ese experimento —dijo Doré—. Y estoy seguro de que podría domarla lo suficiente...

—El mundo está lleno de ilusos —fue el comentario escéptico del comisario Prejean.

* * *

Fue una semana de buen sol y temperaturas agradables en París.

El recuerdo de los horribles asesinatos de la ramera Charlotte, la peluquera Ivette, la señora Perrault y la señora Leclerc, se iban quedando atrás en el recuerdo, como acostumbra a suceder siempre, aun con los sucesos más escalofriantes y espectaculares.

El bueno de *monsieur* Perrault había puesto su restaurante en traspaso, el gendarme Leclerc volvía a patrullar por Montmartre, aunque sin su habitual jovialidad y buen humor, en la peluquería había otra joven peluquera cubriendo el hueco de la asesinada, y seguramente en el apartamento de la infortunada Charlotte, otra de su mismo oficio estaría malviviendo entre aquellos muros húmedos.

La vida continuaba en París, como en todas partes, e incluso la Prensa había empezado a relegar a los últimos rincones los comentarios sobre aquella serie de asesinatos. La policía parecía no hacer nada, como si hubiera prestado oídos sordos a las duras críticas recibidas días atrás, y todo transcurría normalmente, incluso en Montmartre.

Hasta que, de repente, Paul Doré se puso en pie de un salto, al

recibir por télex un boletín del Servicio Meteorológico, aquella mañana de un miércoles, diez días después del doble asesinato último.

—«Pronóstico para mañana: cielo nublado sobre París —leyó en el boletín—. Habrá chubascos al atardecer, y lluvias más intensas durante la noche, con posible aparato eléctrico...».

Estrujó el texto entre sus dedos. Avisó al comisario Prejean por teléfono, informándole del texto de la meteorología.

—Entendido —asintió Prejean, con tono preocupado—. Montaremos la guardia en torno a la carnicería. Y habrá agentes de paisano en todo el distrito. ¿Qué va a hacer usted?

—Aún no lo sé. Pero no estaré muy lejos de por allí.

—¿Sabe algo de la doctora Renard?

—Nada. Trataré de saber si ella conoce ya esta previsión del tiempo...

Colgó. Su llamada al Hospital de Saint-Antoine fue ineficaz. La doctora llevaba dos días sin ir por el establecimiento sanitario.

Poco después, Doré recibía una sorpresa considerable, cuando acudió a los bulevares y se aproximó a la carnicería de los Issard.

Estaba herméticamente cerrada. Y también la vivienda donde nadie le respondió. Un rótulo, sobre el cierre, advertía a la clientela:

«CERRADO POR VACACIONES DURANTE 15 DIAS».

—No están en casa... —reflexiono Doré—. De modo que Lucien Issard no estará en ningún lugar donde pueda ser vigilado esta vez. A menos que estén fuera de París... mañana no habrá peligro alguno para las mujeres que residen en Montmartre. Creo yo...

Y no muy convencido, se alejó de la carnicería con gesto preocupado.

* * *

El pronóstico se cumplió puntualmente.

Al atardecer, fueron leves gotas de lluvia, que cesaron casi inmediatamente, dejando fa atmósfera más densa y cargada que antes. El sulfuroso olor del aire, las nubes, espesas y bajas, y algún que otro fulgor rojizo en las alturas, hacía prever otra noche

lluviosa, posiblemente con aparato eléctrico.

Los agentes de paisano deambulaban por Montmartre, vigilantes. Numerosos gendarmes montaban guardia. En torno al edificio de los Issard había vigilancia, pero todos sabían que totalmente inútil. Los Issard ni siquiera estaban en París. Los vecinos habían dicho que posiblemente se fueron a Amiens, con unos parientes, a pasar aquellas dos semanas de descanso.

Discretamente, el comisario Prejean había solicitado de sus colegas de la ciudad de Amiens que indagaran si eso era cierto, y le informasen si Lucien Issard estaba o no en la ciudad. Todo ello muy discretamente, por supuesto.

Pero aún no había noticias de ello al atardecer de aquel jueves lluvioso y triste. Prejean, que se ocupaba personalmente de la vigilancia de Montmartre, tenía dadas órdenes tajantes a la Prefectura, para que se comunicaran con él por radioteléfono, apenas supieran nada de los Issard.

La espera, por tanto, continuaba. La policía no creía que sucediera cosa alguna esta noche, especialmente si Issard era el culpable.

La doctora Renard no aparecía por parte alguna, ni nadie sabía nada de ella.

Y Paul Doré, el reportero del Journal, no las tenía todas consigo.

Algo, un simple instinto, una fuerte corazonada, le decía que esta noche, precisamente, iba a suceder algo decisivo. Y también terrible.

Pero ¿cómo y dónde?

Ahora, ni siquiera podían vigilar los pasos de Lucien Issard. Todas sus esperanzas de seguir al criminal paso a paso, se habían desvanecido.

Porque si de algo estaba seguro Doré era justamente de eso: Issard era culpable.

Sólo que esta noche, si intentaba un nuevo crimen... ¿Cómo lo realizaría... y desde dónde?

No tenía respuesta aún. Y mucho temía, sin embargo, que iba a tenerla muy pronto, aquella misma noche.

Lucille Auric oyó la llamada de la puerta.

Sorprendida, miró su reloj, acercándose a la lámpara de la salita.

Eran ya las once de la noche, y estaba a punto de descargar la lluvia sobre París. No esperaba visita alguna a tales horas. No porque no estuviera habituada a recibirlas, especialmente del sexo masculino. Pero esta noche era diferente. No había citado a nadie. Quería retirarse a descansar pronto, y estaba dispuesta a hacerlo en cuanto terminase el programa de televisión que estaba viendo ahora.

Y, de repente, esa llamada.

Que, por cierto, estaba repitiéndose ahora, con insistencia. Eran siempre cuatro golpes suaves y dos fuertes. La llamada habitual. Era alguien conocido. Algún varón solitario que había recordado los dulces favores de Lucille Auric e iba a consolarse esta noche gracias a ellos.

—Hombres... —suspiró ella, incorporándose—. Ni el mal tiempo los arredra cuando tienen ganas de mujer... ¡Ya voy, ya voy!

Caminó hacia la puerta, tras arreglarse un poco el rojo cabello y acentuar un poco más la profundidad de su descote, para impresionar al visitante. Luego, fue a abrir.

—¡Tú! —se sorprendió, al ver a su visitante en el umbral—. Entra... No me imaginé que pudieras ser precisamente tú...

—¿Por qué no? —preguntó el visitante roncamente, con sus manos hundidas en los bolsillos del oscuro impermeable.

—Porque hacía tiempo que no venías. Creí que ya no te acordabas de la dulce Lucille... ¿O es que tu mujer te vigila demasiado de cerca, pillín?

—Sí, es eso —miró en torno, huraño—. ¿Estás sola?

—Claro. Siempre estoy sola —rió ella—. Si no, no te haría pasar, ya lo sabes. Vamos, ponte cómodo. ¿Has venido en busca de alivio a tus anhelos, querido?

—Sí, eso es —asintió él.

Voluble, ella le dio la espalda, caminando hacia el fondo de la sala mientras hablaba:

—Te prepararé algo: café, coñac, lo que quieras. Y charlaremos... o haremos lo que te apetezca. No pensaba tener compañía esta noche. Pero tú eres diferente, mi querido Lucien...

Fue todo lo que dijo.

A espaldas suyas, Lucien Issard, el Carnicero de Montmartre, alzó el hacha y la descargó ferozmente sobre la nuca de la infortunada mujer.

Sus rojos cabellos se tiñeron de algo mucho más rojo aún, de la garganta de Lucille escapó un estertor horrible, y llegó a volverse, con la cabeza medio caída hacia adelante, totalmente hendida la columna vertebral por el hachazo.

Como un poseso, Issard le soltó otro terrorífico golpe de hacha, y esta vez, la cabeza saltó del cuello, limpiamente decapitada, yendo a rodar, de modo macabro y estremecedor, sobre la alfombra del gabinete. El cuerpo sin cabeza se agitó, como un monstruo sangrante, para desplomarse luego entre un sofá y una mesa.

Lívido, desencajado, con ojos desorbitados y vidriosos, el carnicero contempló la terrible escena, dejó caer el brazo, y cubrió el hacha ensangrentada con un oscuro y recio plástico, guardándola de nuevo bajo su impermeable.

Luego se encaminó tambaleante hacia la salida. Restalló un trueno sobre los edificios, y el agua empezó a caer súbitamente, de modo torrencial, sobre las calles de París.

Abandonó tranquilamente la casa, y salió al exterior. Miró en todas direcciones, bajo el torrencial aguacero. Era una zona tranquila y discreta, a espaldas del Sacré-Coeur. Avanzó con paso rápido hacia donde le esperaba un automóvil oscuro, aparcado junto a unos arbolillos, en la entrada de una plazoleta recoleta y silenciosa.

Subió al vehículo y lo puso en marcha, alejándose del lugar. Un gato salió maullando de una puerta, y se detuvo a husmear junto a la abierta puerta del piso de Lucille Auric.

El coche oscuro se alejaba ya en la noche, bajo el torrencial aguacero.

CAPÍTULO VIII

—¡Otra vez! ¡Y se nos escapó de nuevo de entre las manos...!

La furia del comisario Prejean estaba desatada. Paul Doré le escuchó en silencio, sin atreverse a interrumpirle. También él se sentía furioso y derrotado.

Ante el horrible espectáculo de aquel cuerpo decapitado, cuya cabeza yacía a distancia del tronco seccionado bestialmente por los dos impactos del hacha afiladísima que sirviera para el crimen, una vez más, ambos, el comisario y él, parecían como moralmente derrumbados, rotos y aturcidos.

—Lucille Auric... —recitó Paul Doré sombríamente—. Soltera. Recibía citas en su casa. Respetada y apreciada. Una ramera de cierta condición y clase... Fue un ataque salvaje, despiadado. Como si sintiera por ella un odio profundo...

—La portera no vio a nadie —murmuró a su vez Prejean, paseando irritado por el gabinete un poco demodée—. Pero dice que hace tiempo venía con cierta frecuencia el carnicero Issard, como tantos otros hombres casados que gozaban del favor de la dama... Claro que eso no significa nada. Tengo una lista de, por lo menos, doce o catorce respetables caballeros de la vecindad, casados y con hijos.

—Issard no era un vecino, propiamente dicho, comisario. Dista mucho su vivienda de aquí. Pero pudo ser el visitante de esta noche.

—Sí, pero ¿cómo? ¿Dónde está ahora? Si no probamos que está ausente de Amiens, no podremos hacer nada... una vez más. Y será la quinta víctima ya impune.

—Dios no lo quiera —se estrujó el mentón Prejean, con rostro crispado—. No soportaría una sexta víctima, Doré.

En ese momento, entró un policía en el gabinete, saludando

respetuoso al viejo comisario. Éste le miró de soslayo, ceñudo y malhumorado.

—¿Algo nuevo, agente? —quiso saber.

—Sí, señor —afirmó el gendarme—. Le llaman por radioteléfono de la Prefectura. Es urgente.

—Bien. Ya voy —hizo un gesto significativo a Paul—. Venga conmigo, Doré.

Bajaron ambos a la calle. Se metió rápidamente el comisario en su coche, para guarecerse de la lluvia torrencial que batía el asfalto callejero. Paul asomó por la ventanilla, escuchando.

—Comisario Prejean —dijo sordamente—. Escucho. Informe rápido.

La voz llegó por el radioteléfono, claramente audible:

—Aquí el inspector Juvet, de la Prefectura, señor. Tengo el informe urgente de Amiens.

—Bien. Adelante con él. Tenemos otro crimen del Carnicero aquí, Juvet.

—Dios mío... —Respiró hondo el subordinado, y luego le explicó: Los Issard han sido localizados en Amiens. Con sus primos de esa ciudad, pero Lucien Issard no está allí ahora.

—¿No? —Se puso rígido el comisario—. ¿Dónde, entonces?

—No se sabe. Salió con el coche de su primo Jacques esta tarde a primera hora. Dijo que iba a dar un paseo. Aún no ha vuelto. Pero telefoneó, diciendo que estaba bien y se había entretenido. En Calais, según dijo por teléfono.

—Calais... Creo que será todo lo contrario, Juvet. No ha ido al norte, sino al sur de Amiens. A París. Está aquí. Y ha matado a otra mujer.

—¿No hay rastros de él?

—No —negó Prejean—. ¿Sabe la matrícula del coche?

—Sí, comisario —se la facilitó añadiendo: Es un «Citroën», modelo de 1968. Color azul oscuro. Tiene unos neumáticos muy especiales, un modelo de cubierta que no tuvo mucho éxito, con un dibujo formando rombos. Hay pocos de esa especie. Tal vez le sirva de algo, comisario. Es un informe del primo de Issard. El buen hombre teme que, pese a todo, le haya ocurrido algo, y cree que ese detalle sería útil.

—Tal vez lo sea, Juvet, tal vez —admitió el comisario,

colgando. Se volvió a sus hombres. Señaló alrededor de la casa del crimen—. Busquen huellas de neumáticos con dibujo de rombos. No es un diseño frecuente. Hay barrillo en la calle. Puede que encuentren algo. Acordonen la zona, y no pisen los bordillos, por si resulta. Cielos, si fuese así... sería la prueba que nos faltaba, Doró.

—Yo estoy pensando en otra cosa, comisario —dijo el periodista, pensativo.

—¿Sí? —Huraño, le miró el policía—. ¿En qué, si puede saberse?

—En la doctora Renard.

—¿La doctora? —El comisario sufrió un sobresalto—. ¿A santo de qué?

—No sé... —Respiró con fuerza el reportero, meneando la cabeza—. Algo anda mal en este asunto. Ella vigilaba de cerca a Issard. No la ha visto nadie en el hospital desde hace dos días.

—¿Y...?

—Quisiera equivocarme, pero... ella si creo que sabe dónde está ahora nuestro hombre.

Alarmado, el comisario Prejean se volvió, aferrando por una mano a Doré.

—¿Qué... qué quiere decir con eso, amigo mío? —barbotó.

—Justo lo que he dicho, comisario. Me temo que la doctora sabía que su enfermo estaba en Amiens... y sabía también de su viaje a París.

—¿Sugiere que ella... ha seguido a Issard hasta el último momento?

—No me sorprendería nada. Tal vez intentó evitar este crimen y no pudo. Pero ello significaría que ahora... puede estar cerca del asesino ~ Demasiado cerca, para su seguridad, en su afán de acorralarle.

—Sí, pero ¿dónde?

—¿Dónde? —Paul hizo un gesto elocuente—. Si tuviera respuesta a esa pregunta, comisario..., no existiría problema. Ni para nosotros, ni para ella, sobre todo.

—¿Teme... teme que él la descubra y pueda... asesinarla? —Tembló Prejean.

—Sí, comisario —dijo francamente Doré—. Eso es, justamente, lo que temo. Y lo malo es que no sé cómo evitarlo...

El automóvil azul oscuro, un «Citroën» algo pasado de moda, se detuvo ante el viejo edificio en sombras de la corta y estrecha rué Rougemont, situada entre rué Bergère y el bulevar Poissonnière.

Unos ojos fríos y astutos miraron en torno, comprobando el silencio y quietud de la calle, bajo la lluvia. Ni un solo viandante, ni un vehículo. Nadie. Una vez aparcado tras un camión de carga, su conductor salió a la acera. Rebuscó en los bolsillos de su impermeable, nerviosamente. Luego halló un manojó de llaves en un llavero de cuero. Utilizó una de ellas en el cierre metálico del local, que alzó luego, haciendo el menor ruido posible. De nuevo miró a ambos lados, y se inclinó para entrar en el almacén, sin cerrar tras de sí totalmente. Caminó bajo una alta bóveda, en un lugar amplio y oscuro, donde sus pasos resonaban huecamente. Una vez en el fondo, sus manos buscaron a tientas, hasta dar con un viejo interruptor de luz, que hizo girar.

Una bombilla amarillenta lució sobre su cabeza, al final de unas escaleras adosadas a un muro de ladrillo. El resto de la amplia nave lo ocupaban una serie de puertas de frigoríficos y unas furgonetas de carga. El aire olía a frío y a carne fresca.

El visitante nocturno parecía muy familiarizado con aquel Jugar. Subió las escaleras, deteniéndose ante una puerta vidriera también con llave. Dio otra luz, y se encontró en un pequeño despacho con viejos muebles, archivadores adosados a los muros y una pequeña caja fuerte. Sobre una mesa, una máquina de escribir y folios con el membrete de una entidad comercial: Sociedad de Refrigeración Cárnica del Norte de París.

No hizo caso de nada de todo eso. Se detuvo, jadeante, y abrió su impermeable extrayendo un envoltorio en plástico oscuro, que depositó sobre la mesa. Lo desenvolvió lentamente. Con ojos como fascinados, contempló el hacha ensangrentada que aparecía en el interior del plástico.

Se enjugó el sudor. Avanzó hacia la caja fuerte, cuya combinación parecía conocer muy bien. Manipuló los mandos, abriéndola sin dificultades. Luego se dispuso a meter el hacha en su interior.

Entonces oyó el extraño sonido a su espalda.

Era casi inaudible, un simple zumbido. Pero lo captó, porque tras abrir la caja, el silencio dentro del recinto había sido total. Se volvió sobresaltado, con ojos dilatados.

Ella trató de desaparecer. Pero era tarde. La habían sorprendido.

—¿Eh? —aulló Issard roncamente, lanzándose hacia la puerta del despacho—. ¿Qué significa...? ¡Usted otra vez!

La mujer dejó de filmar con su tomavistas, que era el que emitiera el suave zumbido captado por el oído agudo de Lucien Issard, el Carnicero de Montmartre. Trató de huir, bajando con rapidez las angostas escaleras metálicas. Issard corrió tras ella.

Y llevaba en su mano el hacha sangrante, que destelló de forma siniestra a la amarillenta claridad de la amplia nave desierta, donde pisadas y jadeos sonaban de forma hueca, profunda, rebotando en los muros y el alto techo.

—¡Venga aquí! —aulló Issard, lívido, crispando sus dedos en torno al mango del arma bañada en carmesí—. ¡No escapará esta vez, maldita entrometida!

Ella, la mujer de las gafas negras, de montura estilizada, trataba de huir por pies de la terrible situación. En su mano oprimía con fuerza el tomavistas con el que, sin ayuda de foco alguno, había estado filmando dentro del desolado almacén frigorífico.

Lucien Issard se lanzaba tras de ella con desesperado afán, devorando los escalones para reducir distancias lo antes posible. La doctora Renard, tras una mi rada angustiosa a espaldas suyas, comprobó que las cosas no iban bien, ni mucho menos.

La distancia hasta el cierre a medio abrir era demasiado grande para que un hombre tan rápido, tan desesperado, no fuese capaz de alcanzarla antes. Y ella sabía bien que eso significaba la muerte.

Había sido sorprendida filmando las evidencias necesarias, con una película especial, altamente luminosa, de 500 Din, capaz de filmar con luz absolutamente natural, y ahora Issard sabía que la única esperanza de impedir que semejante prueba fuese a parar a manos de la policía, era dar alcance a la intrusa... y matarla sin piedad.

—¡No escapará! —rugió Issard, demudado—. ¡No dirá a nadie lo que ha visto, ni nadie llegará a ver esa maldita película!

—¡Espere, Issard, no cometa otro trágico error...! —Trató de contemporizar ella, sin dejar de correr a través de la amplia nave,

entre puertas y puertas herméticamente cerradas, que guardaban en su interior las piezas de carne dispuestas para la venta, dentro de las cámaras frigoríficas correspondientes—. ¡Usted no es un delincuente, no es un criminal! ¡Está enfermo y necesita ayuda! ¡Yo se la prestaré! ¡Soy doctora, soy psiquiatra, y mi labor es atenderle, cuidar de usted, salvarle de todos los males que le aquejan... y protegerle de los demás, de la policía, de todos sus enemigos...!

—Miente... ¡Miente, maldita mujer! —rugió Issard, trémulo—. ¡Ha venido a venderme, a conseguir pruebas contra mí, para verme en la guillotina pronto! ¡Eso es todo lo que pretende! ¡Yo me cuidaré de que no suceda así, doctora!

—Issard, por el amor de Dios, tiene que escucharme —susurró ella, sin dejar de correr—. Soy su amiga, trato de ayudarle... Quiero su bien. Nadie tiene derecho a tratarle como a un monstruo, sino como a un enfermo. Yo evitaré que le vuelvan esas horribles jaquecas, que sienta necesidad de matar, de destruir a las mujeres, para sentirse luego mejor, liberado de sus oscuros traumas... Encontraremos la solución a su dolencia, será bien atendido, curado, convertido en un hombre nuevo y diferente, Issard...

Todo era inútil. Ya estaba llegando al cierre metálico. Pero Issard estaba virtualmente sobre ella. Notó en una ocasión, erizándosele los cabellos, que el filo del hacha zumbaba en el aire, muy cerca de su cabeza, sin darle alcance. Pero si el intento se repetía, ahora que estaba definitivamente acorralada, ya nada tendría solución.

Se volvió, pegando sus espaldas al cierre metálico, tratando de salvar su vida de forma desesperada, ante aquel ser enloquecido y ciego que se le venía encima, dispuesto a abatir el arma terrible sobre su cuerpo. En los ojos desorbitados y vidriosos de Lucien Issard leyó las ansias homicidas, la muerte segura...

Y entonces comprendió la doctora Renard que, pese a triunfar sobre el comisario Prejean y sobre el periodista Doré, había fracasado total, rotundamente. Porque su victoria precaria no significaba nada. Iba a morir, por haber ido demasiado lejos. Aquella cámara de filmación que ahora escapaba de sus manos, golpeando el suelo, no servía de nada. Issard, una vez muerta ella, la destruiría junto con la película que tomara al verle salir de casa de su última víctima, al subir al coche azul oscuro, al llegar a aquel

almacén solitario, con el hacha mortífera en sus manos...

Doré y el comisario habían tenido razón: jugó con fuego, e iba a quemarse. Su teoría resultó un fracaso en parte. Issard era un psicópata, un enfermo. Pero no admitía su mediación, no aceptaba la posibilidad de ser tratado como tal. Su seguridad de psiquiatra se derrumbaba en esos momentos, para recordar solamente que era una mujer asustada, ni más ni menos.

Una mujer que iba a morir un instante más tarde.

El hacha se alzó sobre ella, aún tinta en la sangre de la última víctima de Lucien Issard, el Carnicero de Montmartre.

La última víctima, que ahora sería la penúltima, cuando ella fuese quien cayera destrozada bajo el hacha del asesino loco...

CAPÍTULO IX

A espaldas de la doctora Renard, justo cuando Issard levantaba implacablemente su arma, el cierre restalló con un agrio, brusco sonido metálico.

El carnicero retrocedió, angustiado, mortalmente pálido, como si le hubieran dado un brutal mazazo.

El cierre metálico acababa de abrirse con violencia hacia arriba. Un hombre aparecía en la acera, justo ante el umbral de acceso al almacén de la rué Rougemont.

Era Paul Doré, el periodista del Journal.

—¡Quieto, Issard! —avisó roncamente—. No ganará nada matando a la doctora... No va a servirle de nada ese hacha ya, amigo mío. Es mejor que la arroje a tierra y se entregue. Todo ha terminado ya para usted. La policía viene hacia acá.

Estupefacto, convulso, sin dar crédito a lo que veía y oía, el carnicero retrocedió, sus ojos fijos en Doré, que le contemplaba fríamente, mientras rodeaba ya con un brazo protector a la doctora Renard.

—No... —balbució el carnicero, convulso—. No es posible... ¿Cómo... cómo pudieron todos... dar conmigo... aquí? Nadie sabía... nadie podía saber...

—No sea necio, Issard. Tarde o temprano, teníamos que saberlo. Su primo de Amiens nos informó hace unos momentos. Recordó que usted era socio de un mayorista de carne de Montmartre, que tenían unos frigoríficos para las reses del matadero, justamente en esta calle... Lo demás era fácil de imaginar. Usted vino desde Amiens con ese coche, recogió aquí un hacha... y aquí volvió con ella. Lo malo es que la doctora también le siguió de cerca... y se anticipó a nosotros.

—Yo les seguí a Amiens. A todos los Issard —confesó roncamente la doctora Renard, cuyo cuerpo temblaba espasmódicamente en brazos de Paul—. Seguí luego a Issard hasta París. Me metí en su coche, vigilante, en el compartimiento trasero. Así le vi ir a un edificio, donde sin duda mató a otra mujer. No pude hacer nada, salvo filmarle con una película especial, esperar... y llegar hasta aquí con él. Oh, Doré, es horrible... No quiso escucharme. No atendía a razones. Quería matarme... Estaba a punto de lograrlo...

—Lo sé. —Doré miraba con fijeza al carnicero—. Issard, será mejor que entregue el arma. No cometa más errores. Es una tontería seguir ya con esto... Lo siento, pero la doctora tenía razón. Debe dejarse atender. Está enfermo. Nadie le hará daño. No irá a una cárcel ni a la guillotina, sino a un lugar donde será bien atendido y le curarán... Vamos, Issard, amigo mío... Hágame caso. Es lo mejor para todos...

—¡No, no! —aulló el carnicero, retrocediendo, con lágrimas en los ojos, temblorosos sus labios. Parecía un niño asustado y tenaz—. Tengo miedo... Tengo miedo a todo... a todos... Es mejor... terminar... de una vez.

—Issard, espere... —Trató de frenarle angustiosamente Doré.

No pudo hacerlo. Nadie lo hubiera conseguido. La doctora Renard, con horror, se cubrió el rostro con ambas manos al intuir lo que iba a suceder. Su grito ronco brotó crispado.

Justamente entonces, Lucien Issard bajó su hacha. Y la dirigió directamente contra su propio vientre. Asestó un golpe terrible, como si fuese un japonés en la trágica ceremonia del harakiri.

La afilada hoja de acero rasgó sus ropas, penetró brutalmente en su cuerpo, con agrio chasquido, quedando clavada profundamente en su vientre, partiéndolo en dos.

Una convulsión terrible asomó al rostro del carnicero. Boqueó, cayendo de rodillas. De su profunda herida, broto sangre en regueros. De su boca, también, con más lentitud.

—Lo... siento... —jadeó, mirando a ambos, mientras una palidez mortal se extendía por su rostro—. Lo siento mucho... por todo el mal que hice... Mi... cabeza... Ahora veo claro... Nunca debí matar... a esas pobres cuatro mujeres... Nunca debí hacerlo... pero algo... dentro de mi cráneo... me lo exigía... Si pudieran

entenderlo... Yo nunca... fui... una mala... persona..., pero los dolores... la lluvia... Tenía que... hacerlo... ¿entienden...?

—Sí, Issard, le entendemos —serena, con una sorprendente valentía, ella caminó hasta el moribundo, e incluso se arrodilló a su lado, acariciando sus cabellos, su rostro sudoroso y frío—. Lo entendemos muy bien. Yo no le mentí. Queríamos ayudarle. Le hubieran curado... Hubiese tenido una oportunidad... de olvidar todo el mal que inconscientemente hizo...

—¿De... veras? —La miró con ojos turbios, donde brilló una leve luz de esperanza—. Gracias..., doctora. Pero tal vez... no hubiera salido bien. Es mejor así. Ahora rendiré cuentas... ante el Señor... y El... espero que me perdone...

—El perdona siempre, Issard —asintió lentamente Paul Doré, junto a él también—. Tenga fe... y esperanza, amigo mío. Seguro que al fin hallará... la paz.

—Sí... —Casi sonrió, con sus labios sanguinolentos, en una suprema expresión de confianza en el Más Allá—. Sí, gracias, amigo Doré... Confío... en El... Adiós y perdón... por todo...

Vomitó sangre. Su cuerpo se arqueó y se derrumbó luego violentamente. Se quedó rígido, inmóvil. Pero con una especie de mueca feliz y esperanzada en su triste faz convulsa.

A espaldas de ambos jóvenes, sonaron unos pasos y una voz apacible:

—Llego tarde... Me ganaron los dos, maldita sea. Usted, doctora... y usted, Doré. Pero como ven, no ha servido de mucho ser más rápido. Esto ha terminado ya...

Se volvieron. El comisario Prejean se aproximaba a ellos con calma, desde un coche patrulla parado frente al almacén de la rue Rougemont. Tras él venían varios gendarmes y agentes de paisano, armados de pistola reglamentaria. Se detuvieron todos, ante el sangrante cuerpo de Lucien Issard.

—Sí —afirmó Doré—. Esto ha terminado ya... en cierto modo, comisario.

La doctora le miró, sorprendida. También Prejean, con el ceño fruncido por la extrañeza.

—¿Qué quiere decir con eso, Doré? —se interesó el policía.

—Nada —suspiró el periodista—. Nada, comisario... por el momento. Tengo que reflexionar sobre algo. Eso es todo...

Montmartre parecía otra vez en paz aquel viernes previo al nuevo fin de semana. Los periódicos traían la noticia final en sus primeras páginas. La carnicería seguía cerrada, aunque los Issard habían vuelto ya de Amiens. La gente se detenía ante el establecimiento, comentaba entre sí algo relativo al viejo conocido Lucien, a quien todo el mundo conociera y apreciara, y se terminaba con algún recuerdo piadoso o algún escandalizado anatema contra el tristemente célebre Carnicero de Montmartre, ahora muerto, víctima de su propia arma, la que tanta sangre derramara.

Un rótulo anunciaba el traspaso del negocio. Los Issard, seguramente, se volverían a Amiens o a cualquier otro lugar donde no fueran conocidos, para tratar de olvidar, para no seguir viviendo donde todo el mundo les recordaría siempre la tragedia de sus vidas.

Pero la existencia seguiría en Montmartre, como seguía ahora. Los carniceros seguían descargando sus piezas de carne ante los restaurantes del bulevar o de las calles adyacentes, las mujeres volvían de la compra con sus bolsas llenas y sus largas barras de pan, los cafés y cervecerías del populoso barrio parisiense seguirían con su público sempiterno, los corredores de apuestas harían su labor en cualquier mesa de un bar o de un restaurante, y la familiar figura de los gendarmes seguiría patrullando por las viejas calles del área ciudadana que pocos días antes viviera la angustia de unas jornadas tensas y dramáticas, y ahora recuperaba su pulso habitual, mezcla incomparable de visitantes, vecinos, periodistas, taberneros, artistas y clochards de hoy, de siempre, del vieux París.

Era Montmartre. Y seguiría siéndolo en todo momento, por encima de sucesos y trances más o menos difíciles.

Paul Doré pensaba en todo eso, mientras tomaba una cerveza en la pequeña cervecería situada no lejos de su diario, junto al gendarme Leclerc, con su uniforme de siempre, pero con su actual expresión lejana y sombría, que nadie conociera en él, antes de ser asesinada su esposa por el temible Carnicero de Montmartre.

Naturalmente, Leclerc no bebía. Se limitaba a charlar con Doré y el cantinero. El nunca bebía cuando estaba de servicio. Era su

norma habitual.

—De modo que todo terminó... —Fue su comentario, vagando la mirada por la calle Faubourg Montmartre, distraídamente.

—Casi todo, diría yo —fue la respuesta de Doré, entre trago y trago del dorado y espumoso líquido alsaciano.

—¿Casi? —se extrañó el gendarme, volviéndose a él con sorpresa—. No me diga que todavía queda algo por resolver, después de la muerte del asesino...

—Para la policía, el caso está cerrado, Leclerc.

—Lo supongo. Y para todos, ¿no?

—Para mí, no.

—¿No? —Enarcó las cejas el gendarme—. No le entiendo, *monsieur*. ¿Qué más quiere saber ya? Supongo que Issard no sería inocente...

—No, claro que no. No lo era. Era un infeliz psicópata que tenía que matar para sentirse bien. Una rara agresividad temporal, durante la que dejaba de ser él mismo, para convertirse en un monstruo implacable. Eso le condujo a matar a sus cuatro víctimas de modo tan brutal y violento.

—Yo no puedo sentir piedad por él. Lo siento. Pero ha contado mal, *monsieur*. No fueron cuatro víctimas, sino cinco.

—El, al morir, confesó cuatro asesinatos. Cuatro mujeres muertas, Leclerc.

—Se equivocaría. O tal vez olvidó alguna —el gendarme se encogió de hombros—. No se puede confiar demasiado en la buena memoria de un psicópata.

—Por el contrario, amigo mío. He estado en el hospital de Saint Antoine hoy, y he tenido una amplia conferencia con la doctora en psiquiatría Line Renard, y con su colega, el doctor Carré, una notabilidad en el campo de la paranoia criminal. Ambos coincidieron en un punto, con total seguridad: un asesino, por loco que esté, jamás olvida o confunde el número de sus asesinatos. Éste sería el primer caso, de ser así.

—Pues ya lo tienen. Todos sabemos que mató a cinco mujeres, *monsieur*: Charlotte, la prostituta; Ivette Gerard, la peluquera; *madame* Perrault, mi... mi esposa, Lisette... y, finalmente, Lucille Auric. Cinco, ¿no es cierto?

—Sí, cierto, Leclerc. Hubo cinco mujeres muertas. Cinco

asesinatos. Pero Issard sólo mató a cuatro de ellas.

—¿Eh? —Pestañeó, atónito, el gendarme, mirándole con estupor—. ¿Cómo dice?

—Es la verdad, Leclerc. He examinado diversos aspectos de la cuestión. He recordado que cuando visité a Issard, tras la muerte de *madame* Perrault, no había humedad alguna en su impermeable, gorra ni calzado. Por tanto, no se mojó. Y, sin embargo, empezó a llover torrencialmente apenas mató a la pobre señora Perrault en la cocina del restaurante. ¿Qué sucedió entonces? Sencillamente, que Issard regresó a su casa tras ese crimen. Otro testigo, el acordeonista ciego, André, recuerda muy bien, a preguntas de la doctora Renard, que Issard pasó a su lado, muy deprisa, de regreso al patio de su casa, por el pasaje, cuando estaba empezando a caer gotas. Por tanto, cuando llovía, Issard ya estaba de regreso en su hogar.

—No es posible. Recuerde, señor Doré. Cuando... cuando hallamos muerta a mi querida Lisette... llovía con fuerza.

—Claro que lo recuerdo. Es más: el agua entraba en la estancia por la ventana abierta. Y había huellas de pisadas húmedas, con barrillo. De unos chanclos, sin duda. El asesino marcó esas huellas, seguro. Intencionadamente, además. Sólo que... no fue Issard quien mató a su esposa, Leclerc.

—Cielos... —Pálido, sobrecogido, el gendarme siguió mirando a Doré. Se apoyó en el mostrador de la cervecería, para preguntar con un hilo de voz—: ¿Quién... quién, entonces, pudo hacerlo...?

—Usted, Leclerc —fue la fría respuesta de Paul Doré.

* * *

El gendarme Louis Leclerc permaneció silencioso unos instantes. Luego, demudado, miró a su interlocutor. Seguía aferrado al mostrador. Tal vez lo necesitaba ahora para no desplomarse.

—¿Está loco, señor? —jadeó—. Eso no tiene sentido... No puede hablar en serio. Yo... yo amaba a mi mujer...

—Claro, Leclerc. La amaba lo suficiente como para reaccionar con violencia cuando supo que ella le engañaba con otros hombres. Esta vez la descubrió. Y ciego de ira, la atacó con algún hacha de cortar carne que tenía en su casa. La mató, enfurecido por haberse

visto burlado durante años enteros por los falsos viajes de su mujer a ver a sus parientes y pretextos parecidos. Luego... recapacitó con más frialdad. Y en vez de entregarse, optó por fingir el ensañamiento criminal del psicópata. ¿Qué podía importar atribuir al asesino loco un crimen más o menos? Nadie sospecharía. Y dijera él lo que dijese, nadie iba a hacerle caso. Es lo que usted pensó. Me invitó a subir a su casa, para que descubriese el crimen en su compañía.

—Está diciendo cosas que usted dedujo —la voz del policía sonaba rota, apagada—. No puede probarlo. Jamás podrá hacerlo...

—Claro que no, Leclerc —suspiró Doré amargamente, apurando su cerveza—. Nunca podré demostrar que Issard mató a cuatro o cinco mujeres. Puede quedar todo impune, si usted quiere. Pero su conciencia será su peor juez. Allá usted con esa carga. Si realmente amaba a la mujer que le engañó, su crimen pasional no puede llevarle a la guillotina. Si calla, si sigue obstinado en seguir la vida como si nada hubiera sucedido, esa existencia suya será un infierno. Usted fue siempre un buen gendarme y un buen hombre, Leclerc. Trate de seguir siendo lo que fue. Es su conciencia la que cuenta ahora. Yo nada puedo hacer salvo repetirle esto: sé que usted la mató. Lo sabe la doctora Renard. Tal vez lo sospeche vagamente el comisario Prejean. Ciertamente ninguno podremos acusarle ante la justicia. Es cosa suya decidir, Leclerc. Adiós, amigo mío... y elija bien su camino futuro.

Dejó unas monedas. Abandonó la cervecería, tras dar un suave palmetazo en la espalda del gendarme, como dándole alientos para cualquier decisión que tomara. Leclerc estaba lívido, inmóvil, petrificado.

Así seguía cuando salió a la calle y se encaminó a la redacción del Journal. Tras él quedaba un hombre roto. O un simple espectro humano, debatiéndose en su tremenda incertidumbre.

Ante el periódico, se detuvo un automóvil. Un brazo se agitó, llamándole.

—Hola, Paul —saludó la bella doctora, asomada a la portezuela.

—Hola —respondió Doré, acercándose a ella—. ¿Todo bien?

—Como siempre. Venía a verle. ¿Sabe algo de Leclerc?

—No mucho. Pero él sí lo sabe ya todo.

—¿Se lo dijo...? —Brillaron los ojos de la doctora, fijos en él.

—Sí.

—¿Y...?

—No negó nada. Pero sabe que no hay pruebas.

—¿No ya a confesar, entonces?

—No lo sé. Es cosa suya.

—Pensar que podría quedar impune su crimen...

—Es una posibilidad. Depende de él. De su conciencia. No sé...

Ella miró de súbito a espaldas de él. Hizo un gesto.

—Mira —dijo—. Ahí va nuestro hombre...

Se volvió lentamente Doré. Sus ojos vieron salir de la cervecería a Leclerc. La figura del gendarme se detuvo un instante en la acera. Miró. Sus miradas se encontraron. Un momento apenas.

Luego, una triste sonrisa asomó a los labios del gendarme. Se encogió de hombros y echó a andar. Hacia la Prefectura.

—Creo que va a entregarse —musitó ella.

—Sí, yo también lo creo —admitió Doré.

El gendarme se alejó. La doctora abrió la portezuela del coche.

—¿Quiere subir? Podemos dar un paseo. Quisiera hablar con usted.

—¿De psiquiatría? —sonrió Paul.

—No —sonrió ella a su vez—. De mujer y de hombre... Admito mi derrota. Quiero ser sólo mujer, no médico. Ahora, es Line Renard quien le habla, Paul.

—Si vamos a ser buenos amigos, será mejor que nos tratemos con más familiaridad, ¿no te parece, Line? —dijo Paul jovialmente.

—Sí, es una buena idea, Paul. Sube. Pasearemos y charlaremos.

—Eso está mucho mejor —suspiró él sentándose junto a ella—. Vamos a donde quieras. Charlaremos. De lo que quieras...

El coche arrancó. Se alejaron.

Iniciaron la charla mientras la doctora Renard conducía. Y fue un inicio cordial, amable, lleno de mutua simpatía.

Como ella dijera, la psiquiatra empezaba a sentirse mujer. Y a su lado, llevaba a un hombre que parecía atraerle mucho, por encima de la pasada rivalidad.

Después de todo, a Paul siempre le había atraído la bella doctora. Y ahora que ella se olvidaba de la psiquiatría para ser sólo mujer, era el momento de iniciar una buena amistad.

Y tal vez algo más, no tardando mucho...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.